El despertar.

Fernanda Borges

Image not found.

Capítulo 1

Los estragos de la ligera lluvia primaveral cesaron hacia las 23:00 horas.

A la pequeña Susana Palmer ya la han puesto en su corral; duerme plácida, tranquila y sin preocupación alguna más que pedir de comer, jugar cuando quiere, hacer del baño (aun en pañal), y dormir.

En cambio, Effrie Palmer camina de un lado a otro recogiendo los juguetes regados de su hija; la nica entrenadora, es quitada de en medio de la sala. Effrie piensa; en cuanto la coloca en el cuarto de baño, que debería ser más estricta con la pequeña respecto a eso. "¡Los pañales son caros!". Se recuerda a si misma en cuanto ve la pila de pañales en el cesto de basura. Continúa andando por la casa, recogiendo las prendas que su marido ha dejado en el despacho. Debería meterlas a lavar, pero hoy no será, se esperará a que María; la chica que le ayuda lo haga.

Se arroja sobre el sofá marrón, exhala exhausta y busca —con una leve inclinación hacia la izquierda—, ver la hora por cuarta vez, en el gran reloj que su madre les ha regalado para la cocina. Con esas ridículas manecillas de frutas, y justo en el centro un chef sonríe mientras sostiene una charola en su hombro derecho. Niega divertida con la cabeza al recordar lo que Ernest Palmer; su marido, le dijo cuando lo vio.

¿No se supone que son los meseros los que cargan las bandejas?
Si. —responde Effrie, subiéndose sobre una silla del comedor para colocar el reloj en lo alto de la cocina.
¿Y a tu madre le ha gustado por la ironía?
No, sólo le ha gustado para nosotros.
Ya veo el porqué. —Ambos comienzan a reír al unísono. La verdad es que Nilia Sweeney, la madre de Effrie; cuando ve una cosa extraña, diferente y única piensa de inmediato en su hija, y su nuevo esposo canadiense. Pues la familia de Effrie no lo es en absoluto, y según las extrañas tradiciones de los irlandeses; no se casan con americanos. Pero ella rompió estereotipos. Y gracias a ello; ahora tiene una hermosa familia, un marido que no tardará en volver, una hija que duerme con total placidez en su habitación, la casa que siempre soñó, todo.

Mira su anillo de bodas por un momento; la gema que lo adorna es azul; como los ojos de su pequeña. El ruido de la puerta principal la distrae de su inmaculada admiración.

Ya estoy en casa, amor. —La voz de Ernest produce eco por todo el lugar. Effrie aguarda un momento antes de hablar, pues está a la espera de alguna señal que le indique que su hija se ha despertado. Pero no pasa.
En la sala. —Su marido entra en el área; en cuanto ella termina la oración. Luce bien; sumamente guapo.

Se acerca a ella quitándose, rápidamente —con movimientos únicamente de los pies— los zapatos, y posteriormente la corbata; con las manos. Casi a gatas. Entonces; la besa. Como en la luna de miel, como hace tan sólo 3 años de su boda.

Gime.

La niña está dormida. —Effrie propone seductoramente a su marido.
Eso… —La besa durante varios segundos— me parece perfecto.
—Continua el beso durante más tiempo.

Sin embargo, el aporreo incesante de la puerta principal los sobresalta.

¿Esperas a alguien? —Ernest se separa de su lado. Luce confundido frente a ella, caminando hacia la puerta.
Sólo a ti. —Su marido asiente. Indicándole con un movimiento de cabeza que irá a revisar quien es.

Effrie se acomoda en el sofá. Hace mucho que no hacen lo que en este preciso instante está cruzando por su mente, colocando por excusa que la niña podría verlos. Pero, la ha puesto en el corral. No puede salir de allí sin ayuda.

Asiente convencida.

Entonces, el sonido ahogado de un fuerte golpe; como un disparo, la toma por sorpresa. Sacándola de su ensimismamiento, colocándola en alerta, y en menos de un segundo poniéndola de pie. Su mente comienza a crear la balanza ante la situación. Ante el riesgo. ¿Debe pensar como esposa o como madre? ¿Susana o Ernest? Y toma la decisión, sin importar si es la correcta o no.

Sube a toda prisa la escalera hacia la habitación de su hija. Ha planeado mil opciones que le puedan ayudar a sacarla de aquel lugar. La escalera de caracol a fuera de la ventana de su habitación; acaba de llover, y estará resbalosa. Se quitará los zapatos. No es problema.

En cuanto entra en la habitación color rosa de la pequeña Susana; la niña ya está de pie, y aferrada a los barrotes de su corral. También ha escuchado el disparo, golpe, o lo que haya sido. Tiene una marcada expresión de puchero en su rostro, guardando el sollozo, privándose con el llanto no expuesto. Pero, Effrie no quiere que llore, la toma entre sus brazos tratando de no alterarla. Sale de la habitación y se paraliza al escuchar voces provenientes de la estancia. Es la voz de su esposo, y alguien más. Una mujer.

Se queda estática mientras arrulla a su hija en los brazos para así poder escuchar.

Baja el arma Linsey. No tienes porque hacer esto. —Effrie reconoce el nombre: Linsey Murray; la ex novia suicida de su esposo. Pero ¿qué hace ahí? ¿Cómo ha sabido dónde viven?
No. Sí tengo porque hacerlo, quiero a mi hija. ¡Devuélvemela! —La mujer suena histérica.

Effrie; arriesgando su vida, la de su hija y esposo, baja; uno a uno y

lentamente los escalones de la escalera principal.

No es tu hija. Es nuestra, ella no te pertenece. —exclama Ernest, nervioso.
Claro que si. Ella me la robó. —Effrie se sorprende en cuanto la intrusa le señala con el arma. Ya es demasiado tarde para correr, ha calculado mal y la ha visto.
E-ella es mía. —tartamudea la madre, y abraza a su hija con fuerza.

La pequeña no ha llorado aún a pesar del jaleo, gritos, y hostilidad que hay en la casa.

¡Ella es mía! —La pelirroja, de estatura mediana y complexión robusta; apunta con un arma pequeña y plateada a la pequeña niña—, ¡Él es mío! —Hace lo mismo con Ernest— Tú, ladrona. Tú serás la primera en morir. —El disparo se deja escuchar, provocando eco y sensación de vacío en el exterior de la casa. A todos los presentes.

Effrie se ha dado la vuelta procurando proteger a su pequeña. Sin embargo, no siente ni un poco de dolor ante el disparo. Se separa de Susana y la examina. No ha penetrado. Se gira, y entonces ve a Ernest en el suelo, herido justo en la cabeza. Muerto.

¡Mira lo que me hiciste hacer! —La mujer estalla con furia. Se acerca a Effrie y ambas forcejean por la niña. Pero esta no llora, se ha quedado en shock, privada por el llanto contenido.

Effrie corre hacia la puerta principal. Intentado salir, huir, pedir ayuda y salvar a su hija.

Sin embargo, ella no se lo permite. La toma del tobillo y la arroja al suelo, cayendo sobre la pequeña, quien; por el golpe recibido, estalla en llanto. Effrie ha quedado levemente inconsciente tras el golpe en la cabeza con uno de los grandes muebles de cedro, que su suegra les había obsequiado

como regalo de bodas.

Escucha pasos aproximarse hacia ella, y detenerse.

Él me obligo a abortar. Yo sólo quería un hijo suyo, pero no me lo permitió. Dos meses después se casa contigo porque estas embarazada. Me dijo que no estaba listo para ser padre, y míralo ahora. Tú me lo quitaste. —Un nuevo disparo se deja escuchar, retumbando en la casa. O simplemente, sólo dentro de la cabeza de Effrie; donde ha recibido el impacto.

Ve todo oscurecerse. Su corta vida pasar en menos de un minuto frente a sus ojos. Su hija llora a lo lejos y ella no puede consolarla. Después de eso deja de escuchar, ver, sentir.

Capítulo 2

Julio 04 1995

Clark está jugando en el medio de la sala, demasiado entretenido para ser interrumpido.

— ¿Qué haces Clark? — pregunta Beth, su madre, desde el desayunador en la cocina.

Pues, al verlo tan inmerso en el juego, se ha puesto nerviosa con el silencio y la calma a su alrededor. No confía en él. Lo mira expectante por el gran marco que le han colocado a la barra de la cocina.

Beth es una mujer delgada, ojos color café, tez blanca, cabello castaño; siempre recogido en una trenza, y con extrañas costumbres de mantener todo en orden. Pues cree que sus pequeños hijos ya no son como antes. Como cuando los conoció hace algunos años. O por lo menos su pequeño hijo; quien ha comenzado a actuar de manera extraña.

El niño ha volteado su rostro y, entrecerrando los ojos, la observa por un instante, y luego añade:

— Jugando, obviamente, mamá. —Levanta, lo más que puede, a un muñeco Ken. Continuando aún sentado en la alfombra color melón, que tan insistentemente su madre ha pedido a su padre que la comprará.

— Eso veo —Beth estira más el cuello, no se fía de su hijo—, pero ¿con qué juguetes lo haces? ¿Acaso no son esas las muñecas de Carolane? —interroga mientras sale de la cocina y camina; con paso firme hacia él.

Sus ojos brillan al tenerla cerca, le quiere, pero la mirada a cambiado. Beth está segura de que ya no es una mirada angelical y pasiva, sino amenazante y demoniaca.

"Es como si esperara una reacción mía para posteriormente atacar", piensa la temerosa mujer.

— ¿Por qué les cortaste la cabeza a las muñecas de tu hermana? —pregunta demasiado cautelosa, y separando cada una de las palabras; como si él necesitase procesarlas antes de responder—, ¿Clark?

— No me gusta la manera en que me ven. —encoge los hombros, aún con la mirada fija en su madre, y esa pequeña sonrisa de maldad en su rostro.

"¿No piensa parpadear?", se pregunta la mujer en cuanto llega a su lado.

— Y, para que no te vean ¿les quitas la cabeza?

— No, sin la cabeza aún me ven, pero ya saben lo que puedo hacer. —explica, dibujando esa cara de maldad nuevamente; la sonrisa completa, mostrando todos sus dientes, y las cejas levantadas con los ojos llenos de brillo.

En ocasiones, Beth llegó a pensar que quizá ella era la que ansiaba ver algo en su hijo, algo malo. Qué quizá de pequeños todos los niños eran así; destructores, sádicos, pero ¿por qué Carolane no actuaba de aquella manera?

— Tenemos que ir al sermón, Clark. —habla al fin después de varios minutos de aterrador silencio, enjuagando una lagrima caliente que baja por su mejilla.

— No quiero ir. —contesta el pequeño niño pelirrojo; entrecerrando los ojos y eliminando la sonrisa de su rostro.

— Lo sé. —Beth le brinda una sonrisa cálida y temblorosa. El continúa siendo su hijo, ella aún continúa siendo su madre— Pero Carolane tiene que ir...

— Ella tampoco quiere. —La interrumpe colocando sus brazos cruzados frente a su pecho. Aquella sonrisa vuelve a su rostro, y levanta la ceja del lado izquierdo.

— ¿Puedes subir los juguetes a su habitación y decirle que nos tenemos que ir? Por favor. —pide la mujer; con voz débil y temblorosa.

Ante cualquier persona, lo dicho sonaría como la típica orden de una madre hacia su hijo, pero Beth sentía que era ella quien le pedía permiso a su hijo para mandarlo.

— ¡Ya qué, madre! —Clark se levanta bruscamente del suelo, provocando que su madre de un leve brinco ante el sobresalto. Por instinto se aleja de su camino.

Lo observa todo el camino hacia la escalera y sobre está, hasta llegar a la habitación contigua a la de ella.

Su mente comienza a divagar en el motivo por el cual; su esposo coloco la habitación de Carolane en la única salida que existe del segundo piso. No es que piense mal de su hija, pero ¿qué tan bien la conocen? ¿Cuántas veces no le ha causado terror el siquiera verla? Los recuerdos de todo el pasado de la niña, y lo que saben de ella. Todo eso hacen que su cuerpo

sienta escalofríos.

Beth sacude aquellas cosas, imágenes y miedos de su cabeza. Comienza a subir, a paso lento, cada uno de los escalones, decidida a apresurar a Carolane. Quiere ver por qué demora demasiado, y si su hermano le ha avisado de verdad la premura.

En cuanto llega a la puerta de su habitación la escucha hablar, susurrar. Da un ligero toque en la puerta y dice:

— ¿Carolane?, voy a entrar. —Beth abre la puerta.

La habitación está totalmente vacía, exceptuando a la niña.

— ¿Qué haces? —mueve el pie mientras examina con detalle la habitación—, vamos a llegar tarde. —Beth entrecierra los ojos a modo de reprimenda.

— Perdón, madre —La niña agacha la cabeza—. Me he quedado dormida y cuando desperté mis muñecas estaban sin cabeza, así que... —Mueve sus dedos enredándolos en el vestido que lleva puesto—; quise arreglarlas. ¡Te juro que no fui yo! —exclama con voz entrecortada. Sus ojos cristalinos miran a su madre. En su mirada se distingue el miedo.

— Déjalo así —ordena su madre—. Tu padre verá que hacer —concluye con un gesto de cansancio ante la conversación —. Te espero abajo. —Beth está a punto de salir de la habitación, pero se voltea de nuevo hacia su hija — Tienes dos minutos —sentencia apuntándole con su dedo índice.

Carolane se queda sola en su habitación, sabe claramente que su madre nunca sentencia en vano. Va directo al armario y saca un suéter blanco a juego con el vestido de encaje azul y los zapatos de charol negro que lleva.

Su madre ha dejado de vestirla hace años, desde que Clark y ella la enfrentaron, así que ha tenido que aprender a decidir qué ponerse.

Al dirigirse a la puerta de la habitación siente que alguien la observa. Voltea hacia la esquina donde está la ventana, pero no hay nadie allí. Abre la puerta, y antes de salir le habla a la habitación vacía:

— No las rompas de nuevo, me agradan estas.

Sale, y baja para encontrarse con su madre, que está impaciente, pegada a la puerta principal; y juntas salen de casa.

Beth se da la vuelta y se marcha sin volver la mirada atrás. No tiene idea que las cosas están a sólo meses de cambiar. De dar una voltereta de 180 grados y no habrá retorno. Pues todo lo ocurrido será su culpa.

Beth se despierta alterada por el sueño que ha tenido.

Beth se despierta alterada por el sueño que ha tenido. Toda su habitación ahora está en tinieblas, indicándole que ya ha anochecido. Se incorpora de la cama, y en su mente no deja de repetirse, una y otra vez, que ha sido todo culpa suya.

Camina hacia el frente de su gran cama matrimonial; demasiado alta para su pequeña estatura, y con aquel horrible edredón marrón con toques violetas que Carolane hizo en el instituto cuando cumplió quince años, y necesitaba pasar la materia de manualidades. Toma la tabla suelta del piso de madera y, sacando una pequeña caja de zapatos, vuelve a buscar entre los recortes de periódico, los diarios de aquel lugar; todo ello para saber si fue de ella la culpa o de aquella pequeña y extraña niña a la que aún le teme, quien ha provocado la desaparición de su hijo.

Toma la tabla suelta del piso de madera y, sacando una pequeña caja de zapatos, vuelve a buscar entre los recortes de periódico, los diarios de aquel lugar; todo ello para saber si fue de ella la culpa o de aquella pequeña y extraña niña a la que aún le teme, quien ha provocado la desaparición de su hijo.

Capítulo 3

Julio 04 2005

Carolane ha vuelto a casa de la biblioteca caminando. No es tan tarde para que ya no pase el bus que la conduce a casa, sin embargo, después de la extraña sorpresa a su salida de la biblioteca; y el extraño recuerdo que aun vaga por su mente en el que está inmersa en la oscuridad huyendo, no la han dejado tranquila en todo el trayecto de dos kilómetros.

Y, es que sigue sin comprender lo que le ha ocurrido después de verle. Salir corriendo lo más rápido del sitio ha sido su primera y única opción, pero sus rodillas heridas, sus manos sangrantes y ese aroma fétido en su cuerpo le preocuparon demasiado como para regresar a casa, y que la viesen así.

El camino a casa siempre ha sido igual. El cálido clima enmarca la ciudad con su tumultuosa nieve, llovizna incesante y frio que se cuela hasta los huesos. La calle que la conduce a casa está vacía. Generalmente siempre lo está. Aunque el clima luce apetecible para estar en el exterior, y lanzarle bolas de nieve a quien pase frente a ti. Pero los niños de su calle le tienen miedo, desde pequeña lo tienen. Incluso ella misma se teme.

Su casa continúa siendo la misma que recuerda; con el gran árbol liquidámbar que tiene más años que ella; y tiene dieciocho, bueno casi dieciocho, a sólo 8 días de su cumpleaños. No muchos para ya tener una vida, pero tampoco pocos para comenzar a crearla. Se detiene un momento en el pórtico y cierra los ojos.

Faltan pocos días, sólo horas para la entrevista. La gran entrevista que le dará la oportunidad de marcharse. De viajar por el mundo y construir su propio camino. Sin su controladora madre pidiendo que le narre su día, pues tiene miedo de que la pérdida de memoria ocurra nuevamente. Y no ha pasado en años. ¡Años! También planea alejarse de su padre; que le pregunta con quién ha salido, por qué pasa tanto tiempo fuera de casa. Pero, Carolane, no conoce a nadie que llame su atención.

Hasta ahora. Hasta él.

Abre los ojos al recordar su mirada, sus ojos extraños que se han encargado de impactarla, de atemorizarle.

Busca las llaves de la puerta en su pequeño bolso gris, las saca e introduce la larga en la perilla congelada. Respira profundo y nuevamente esa otra parte de ella invade su ser; exhala y se deja llevar. Sonríe ampliamente al vacío frente a ella, extrañaba la fuerza, pero ahora tiene

que irse.

— ¿Qué haces llegando a casa, así? —Su padre; Ben, le sorprende al otro lado de la sala. Carolane termina de cerrar la puerta; con las llaves que al fin le han confiado después de meses insistiendo que ya era mayor, responsable y madura; camina hacia él.

Él es un hombre alto y robusto, ojos color gris y cabello castaño cobrizo. En cambio, el cabello de Carolane es completamente negro, con ligeros rayos rojizos que; si le va bien, con el sol se logran ver, pero como vive en el frio Winnipeg, bueno, no suele tener mucha suerte; sus ojos son azules, y no es más alta de un metro cincuenta centímetros.

No parecen de la misma familia, ¿cierto?

Lo estudia durante varios segundos inmersa en el pasado, en su niñez borrosa por tantos extraños medicamentos que su madre la obliga a tomar. Desde aquella vez que se volvió ligeramente loca; arrojando cosas a quien pasase frente a ella, amenazando e incluso; lastimándolos.

— ¿Qué? —responde volviendo a la realidad. Comienza el habitual tic en su parpado derecho, señal de que está nerviosa. ¡Y vaya que lo está! Sin embargo, su papá está de mal humor—. ¿Mande? —Carolane corrige inmediatamente antes de que comience a regañarle y todo salga peor.

— ¿Qué haces llegando así —señala con su dedo índice hacia ella—, a casa? —Le toma varios segundos procesar lo que le dice. ¿A qué se refiere?

Inclina su rostro hacia abajo para examinarse. No comprende a qué se refiere, pues lleva puesto lo usual: jeans, zapatillas deportivas y una sudadera gris que dice: I love NY, que pertenecía a su mamá cuando estudiaba en Estados Unidos de Norte América.

Levanta la vista nuevamente hacia él, su rostro de enojo le aterra. No más que el de su mamá, claro está. De reojo una figura metálica tras él le devuelve su reflejo; distorsionado y no muy nítido. Hay algo diferente en su pequeño y comúnmente pálido rostro, en el reflejo luce colorido, agraciado, uniforme y atractivo.

Completamente fuera de sí, Carolane, corre al baño de la estancia par ver con mayor claridad su rostro. En cuanto está frente al espejo lo nota: Está completamente maquillada, unas largas líneas negras dibujan el contorno de sus ojos, arriba y abajo, sus pestañas están risadas levemente hacia arriba y una gruesa capa de máscara de pestañas las cubre, un rubor sutil les da color a sus huesudos pómulos y un toque rosa de pintalabios en su

boca.

— Contesta —ordena su padre mientras entra por la puerta del baño.

Durante largos e interminables segundos, Carolane trata de recordar cómo ha pasado aquello. Está completamente segura de que no se maquillo, pues no sabe hacerlo. Su madre nunca se preocupó por enseñarle ni siquiera a elegir su propia ropa. Busca soluciones dentro de su mente mientras observa la cara de su padre. Hace mucho que le dice mentiras todo el tiempo. Incluso cuando ellos le preguntan cómo se encuentra; la respuesta real nunca es "bien". Sino: confundida cada día más, pues solo despierto con dolores en el cuerpo y sangre en las manos, sin ningún nítido recuerdo de lo ocurrido. Y esta vez no es la excepción. El único problema es que la sangre se lava, o se ocultan las manos. El maquillaje en su cara nunca había pasado antes. ¿Cómo ocurrió en verdad?

Respira profundo, pues aquella chica dentro de su cabeza ya tiene la solución. Mira fijamente a los ojos de su padre; no luce molesto, solo temeroso y confundido ante lo que presencia.

— ¿Ahora vendrás así? —alega haciendo un ademan de desprecio— ¿Tiene que ir tu madre a por ti de nuevo? —Carolane niega levemente con la cabeza, pero duda que él lo note.

— No padre. Esto —señala su cara—; fue Kate —miente. — Ella dijo que me ayudaría a ocultar las ojeras para la entrevista de mañana. No pensé que fuera a hacer tanto. —Cruza los dedos detrás de su espalda esperando que le crea.

— ¿Kate? —Ben ladea la cabeza, incrédulo— ¿Por qué, Kate Wright, te haría eso? —Él levanta ambas cejas a la espera de su respuesta. De una mentira que no está previamente pensada por completo.

— No lo sé —Vuelve a mentir.

Ella es capaz de eso y muchas otras cosas más. Aunque hace tiempo que no le hace nada que la avergüence.

Kate es la hija del pastor Wright; de la congregación a la que su mamá la obligaba a ir de pequeña. Hasta que un día decidió no ir más, hace unos cuatro años había roto lazos con la familia Wright, con la comunidad, incluso con la vida misma. Los justos cuatro años cuando su hija se volvió loca. Sin embargo, su papá la obligó a apoyar a Kate en algebra. Pues las chicas matonas y rebeldes no son buenas en esas materias, o por lo menos ella no lo es. Y no es que, Carolane, crea el clásico estereotipo de las chicas rubias y tontas porque hay rubias muy inteligentes; su madre es una de ellas. Pero Kate es mala con todos, con ella incluso. Como en

aquella ocasión hace seis meses que Kate la arrojó a la gélida piscina del instituto frente a todos; provocando en Carolane una fuerte pulmonía de semanas. Sin embargo, con su novio es la chica más buena y dulce; se la viven besuqueándose en la biblioteca mientras Carolane se encarga de hacer toda su tarea, sus trabajos y actividades diarias.

— Perdón —inclina la cabeza hacia abajo. Ben, resignado y sin creer ni un poco el cuento de su hija, le deja el camino libre para que pueda marcharse a su habitación.

En cuando Carolane ingresa a su habitación, corre nuevamente al baño. Su propio baño. Quiere evocar a su mente los momentos de laguna, de borrosa información, de tinieblas, y absoluta oscuridad. Pero no hay nada más que esos profundos, amenazantes y terroríficos ojos avellana con grandes pupilas dilatadas, y él, aun en su mente, en cada uno de sus recuerdos. Pero ¿quién es él?

Y después de eso, sólo hay rojo en sus manos.

Capítulo 4

La biblioteca está completamente vacía en cuanto Carolane llega; alrededor de las 17:00 horas, exceptuando a mujer del mostrador; que se cubre con un esmalte rosa las uñas de su mano izquierda, mientras sopla a destiempo en cada una de ellas. Carolane observa por un minuto las suyas; completamente cortas y con las cutículas roídas hasta sangrar.

Sube la gran escalera que conduce hacia la sala de estudio y computo; en el ala norte de la biblioteca. De pequeña solía pasar los días después del instituto en el área de ficción, junto a él; quien tomaba varios libros de misterio: The Sign of Four, IT, The Black Echo y The Big Sleep, los cuales le leía en voz alta.

Avanza con lentitud por la sala vacía. Otro día más allí, y dentro de una hora, con ella. Hace una ligera mueca de asco ante ese hecho. Puede que este sola la mayor parte del tiempo, pero prefiere hacerlo a aguantarla. Sin embargo, no tiene opción, su madre nunca ha querido un ordenador en casa; ni siquiera sabe que Carolane utiliza uno para encontrar y realizar sus trabajos, que tiene e-mail y busca desesperadamente un apartamento en alquiler para cuando sea mayor; pues Beth todavía cree fervientemente en las gruesas, pesadas y estorbosas enciclopedias.

Se coloca frente al ordenador blanco de escritorio. Como siempre, tarda demasiado en encender. En lo que espera los usuales treinta minutos de encendido veloz de las maquinas modernas, Carolane hurga entre sus cosas en busca de su pequeña libreta blanca de actividades, y la saca: le han dejado tarea de física, dos ensayos de literatura inglesa del siglo XIX, y un reporte sobre la guerra fría. Mira la tardía página de inicio del logo de la marca. Y sabe que con eso falta quince minutos para que esté listo para usarse. Se recuesta un momento en la mesa, pero no sueña. No suele hacerlo. Sólo hay oscuridad en su mente, y un pequeño punto a lo lejos, que, poco a poco, comienza a hacerse más y más grande hasta que es interrumpida por una voz chillona.

— No te ves linda durmiendo. —Kate es quien está a su lado. Ha llegado antes, mucho antes de la cuenta—. Tienes baba. —ríe, pero se inclina hacia Carolane, como si fuese a revelarle un secreto. En cambio, Kate lame su dedo índice, para luego llevarlo hasta la orilla del labio de Carolane y limpiarle—. Listo —sonríe.

¿Estará drogada?

Carolane mira la hora en el ordenador; ahora finalmente encendido, frente a ella. 18:30 horas. No lo puede creer. Seguramente la maquina se ha desprogramado y tiene mal la hora. Toma la muñeca de Kate, y comprueba su teoría en el reloj de oro falso que la rubia porta. 18:32

horas.

— Si, es tarde —Kate señala al ver su rostro completamente alarmado.

‹‹ ¿Cómo me he quedado dormida? ¡Una hora y media! ›› Su cerebro está a punto de estallar.

— Aquí están tus cosas. —La voz de Georg Nilson; el chico raro con gusto por los insectos, de cabello castaño claro, ojos miel, piel canela, y novio de Kate; se escucha en toda la biblioteca—. Te ves rara —señala la cara de Carolane, y hace círculos con su dedo índice hacia ella—. ¿Preocupada? —ladea la cabeza. Temiendo por un breve instante que su perspicacia sea errónea. Pero en este caso, y sólo en este, no lo es.

— Se ha quedado dormida —Kate hace un tonto intento por susurrar. Aunque sabe perfectamente que Carolane, y el resto de la biblioteca la escuchan—. La he despertado yo —Le entrega sus cuadernos a Carolane.

Carolane mira el interior de lo que le ha entregado mientras ellos dialogan. Duda que la conversación sea, nuevamente, entorno a ella; pues está vez hablan por lo bajo, y a varias mesas lejos de donde se encuentra.

Los complicados ejercicios que le han dejado a Kate, y los cuales ella misma no puede resolver; son únicamente dos ejercicios de algebra. Carolane los termina en menos de quince minutos, y se los devuelve a su bolsa animal print. Sin embargo, sus trabajos le llevan más que sólo minutos, ella calcula que unas dos horas. Sus padres estarán furiosos cuando vuelva.

Mira a su alrededor, de nuevo está completamente sola. Ambos chicos se han ido sin que ella se diese cuenta. Se encoje de hombros y, apagando el ordenador y tomando sus cosas, baja la escalera de vuelta al primer piso.

Al llegar al hall levanta la mirada hacia el gran reloj de la entrada, por un momento no puede apartar la vista, pues marca las 19:00 horas. ¿Cómo puede ser eso posible?

Se rasca la cabeza, y su cabello expide nuevamente ese intenso olor a humo, como todos los miércoles desde hace un año. Pero hoy no es miércoles. Camina confundida hacia la mujer del mostrador, que ya ha dejado de pintarse las uñas y habla entretenidamente por teléfono con alguien.

— ¿Está bien la hora del reloj? —Carolane habla después de carraspear varias veces para que la mujer de cabello castaño, ojos grandes y de

rasgos rusos, le hiciese caso.

— Claro —su voz suena irritada. La ignora enseguida.

Bien. Respira aliviada. Aún tiene una hora para volver a casa.

Resignada y abatida; por no tener otra cosa que hacer durante la hora de aparente libertad antes de llegar a casa, camina en dirección a la puerta de salida. Pero de repente siente algo extraño, como si alguien la estuviese observando a lo lejos, desde la parte opuesta del pasillo. La paranoia en su interior surge nuevamente; como antes, como todas esas veces en las que volteaba para ver si alguien la seguía, la miraba extraño. Hasta que llegó Kate, después de conocerla sólo tenía que cuidarse de ella. Aunque no entendía bien por qué le caía mal, no le había hecho nada más de lo que comúnmente hacen los chicos brabucones dentro del instituto.

Recuerda cuando la rubia la protegió varias veces de Aranza; la peor chica del instituto. Con su uno noventa, sus gruesas piernas de corredora, sus padres dueños de los almacenes de la ciudad, era adolescente con más influencia, y malvada que Carolane hubiese conocido. Y Carolane hablaba con razón; pues Aranza generalmente la empujaba, humillaba y maltrataba siempre que tenía oportunidad. Por esa chica dejo de participar en gimnasia, por esa chica incluso quiso volver a ser la misma de hace cuatro años. Sin embargo, Kate fue clara con Aranza, haciéndole ver que sólo ella podía molestar a Carolane, y fue por lo que la arrojó aquel día gélido a la piscina. Después de eso nunca ha vuelto hacer algo más que darle sus trabajos escolares.

Carolane respira profundo, y a su mente viene las terapias de meditación que su extraña psiquiatra le obligaba a realizar; justo antes de voltear y dar pie a su paranoia: ‹‹Sólo está en mi mente. No hay nadie tras de mí. Nadie va a hacerme daño. ›› Antes de tomar la manija de la puerta, voltea. Pero no hay nadie.

Se gira de manera precipitada nuevamente hacia la puerta, dispuesta a salir, a olvidar todo y esperar ser alguien normal. Alguien, tal vez, demasiado ajeno a ella. Sin embargo, su estrepitosa salida se ve bloqueada por un fuerte muro blanco frente a ella, se ha topado de frente con un chico, no puede ver su rostro y no sabe por qué, va completamente vestido de blanco. «Extraño» esa parte mal educada de Carolane comienza a juzgar.

— ¡Oh! Perdón, Carolane, creo que no me viste —¿Ella no lo vio? ¡Pero si el choco directamente contra ella! Su voz melodiosa, como canticos de ángel, aunque ella no conozca a ninguno, la saca de su paranoia de hace algunos segundos. Pero su rotunda afirmación de que ella quisiese toparse

de frente con él, la molesta a sobre manera.

— Disculpa, tengo que irme. —Carolane responde déspota. Su cuerpo comienza a temblar, como si algo dentro de ella lo reconociese. Como si le temiese incluso más de lo que ella misma se teme.

— Lo sé —La toma del brazo en cuanto Carolane pretende salir.

Sube la mirada durante un momento, y aire frío comienza a recorrer todo su cuerpo. Detiene el recorrido justo en sus ojos, su mirada, su misteriosa, alucinante, y extraña mirada. Sus ojos de un color extraño, ni oro, ni café, un avellana diferente, concentrado y anormal. Pero lo que la hace correr lejos de aquel chico sin rostro; son sus enormes, oscuras y profundas pupilas.

El aroma que expide de su ropa le recuerda a su infancia, a una infancia nublada, gris y melancólica, irreconocible, inmemorable, y vacía. Eso es lo que perdió, lo que su madre con tanto esfuerzo, durante años, quiso que recordará. Pero esa otra Carolane, no quiere volver. No hasta ahora que lo ve.

Corre a la deriva, bajo la fría llovizna del verano entrante. No sabe hacia dónde se dirige, quiere salir, huir de aquel recuerdo que la atormenta. Que por más que lucha y toma aquellos asquerosos medicamentos; no puede simplemente olvidar. Pues siempre vuelven a ella en cuanto algo así sucede.

Pero ahora ya todoestá oscuro; sólo hay rojo en su campo de visión. Lo ha hecho de nuevo, havuelto al mismo lugar.

Capítulo 5

Despierta en el frio suelo del baño. Se ha quedado dormida justo antes de darse una ducha. Se estira y bosteza una y otra vez hasta que al fin está por completo despierta, y puede moverse. Sin embargo, su cuerpo reclama las horas dormidas en la dura superficie. Abre la llave de agua caliente de la ducha, se desliza suavemente la ropa de su cuerpo entumecido, y se sumerge en ella. Quema, pero sus escasos músculos lo necesitan. Cierra los ojos un instante, sólo por un instante, y su sueño vuelve a ella, su recuerdo distorsionado de lo que no recuerda con exactitud. Pero ella no sueña. No hasta que él apareció.

Sus ojos, el color fuerte y delicado de su iris, la forma en que pestañea, su falta de rostro en dentro de sus recuerdos, el blanco que emana de su cuerpo, la intriga de su aparición repentina, de que sepa su nombre, que la conozca, el miedo que inunda su cuerpo por sus pupilas enormes, dilatadas y de un negro profundo. Todo eso aun continua en la mente de Carolane al cerrar los ojos. Todo eso se repite una y otra, y mil veces más dentro de sus pensamientos durante el sueño. Durante el único momento en que puede detener su cabeza, la cabeza que parece tener dos personas trabajándola, la cabeza que le da mil vueltas durante el día y sólo se detiene cuando duerme. Aunque su cuerpo este adolorido a la mañana siguiente. Siempre desde hace tanto.

Coloca su mano derecha sobre su frente, aun bajo el agua, mientras los restos del Shampoo desaparecen de su cabeza y cuerpo. Escucha como aporrean la puerta de la habitación, pero no quiere contestar, ni siquiera quiere salir de la ducha. Prefiere quedarse y derretirse como cera bajo el agua caliente que poco a poco desaparece, se desvanece, siendo sustituida por la fría, gélida, y cortante agua helada.

— ¿Qué te dije de ducharte por las mañanas? Te va a dar pulmonía, y yo ya no seré responsable de ello — la puerta es azotada después de la letanía de Beth. Pues se lo ha dicho muchas veces. La rutina de la chica ya se acostumbró a las duchas nocturnas. Pero hoy no.

Desde que cumplió los 5 años, s madre comenzó a implementarles esa regla.

— Desde ahora la ducha es por la noche. No quiero otra enfermedad por tu parte, cariño — Beth mira hacia la izquierda, pero Carolane no se encuentra alli. Sin embargo, la niña de 5 años siente a alguien a su lado, movimiento, presencia, pero al girar su rostro dentro de su recuerdo no hay nadie, nada, sólo la inmensa y densa oscuridad — ¿Me han entendido? — la pequeña Carolane asiente asustada, y vira nuevamente la cabeza; del espacio vacío hacia su madre. Beth sonríe, a ella y a... alguien, pero no hay recuerdo de nadie conviviendo con ellos en la mente

de Carolane. Menos al extremo de controlar las duchas. O quizá simplemente se lo decía a ella y a la persona que vive dentro de su cerebro. Aquella que habla, se mueve, y le provoca jaqueca cada vez que ve a Kate. Pues ni a esa chica dentro de Carolane; a la desenvuelta, alegre y despreocupada; le agrada Kate.

En cuanto termina su ducha de varios minutos, Carolane abre la puerta del baño, hacia la habitación, y los rayos de luz le dan directamente en el rostro. Camina a paso veloz, aun con la toalla enredada sobre su pequeño y pálido cuerpo, a la ventana para cerrar las cortinas un tanto deslavadas. Que, cuando era pequeña, estaban teñidas de rosa y ahora son sólo blancas, incluso un poco transparentes.

La joven siente una gota de agua correr desde la espalda y morir en la toalla gris que porta, su cabello está escurriendo. No se ha colocado ni una de las mini toallas que su madre le ha pedido porte después de cada baño por más de diez minutos para evitar gripes, trasformando su cabeza en la de un sultán. Como cuándo jugaba con... ¿Con quién?

Cansada de su vaivén de recuerdos que no recuerda por completo. De un pasado que no sabe si existió. Se sienta en la cama, y a ella vuelve aquella vez, cuando tenía diez años y creía que una persona muerta había poseído su cuerpo, dándole sus recuerdos. Pero Beth le dio pastillas, y todo eso desapareció. Sin embargo, ahora se siente igual. Agotada mentalmente.

Se recuesta en la cama, pero de inmediato se levanta al notar que está deshecha. Con las sabanas arrugadas, el edredón hecho a un lado, como ella lo hace cada noche. Y las almohadas colocadas en las esquinas. Para evitar que se caiga, porque se mueve demasiado y siempre le pasa. Un pedazo de papel blanco está sobre uno de los cojines decorativos, de esa avecilla a la que un gato siempre quiere matar.

"Está bien que quieras dormir en ese frio y duro suelo. Pero yo no."

Carolane examina con detenimiento el pedazo de papel. Reconoce esa letra. Por extraño que parezca. Es suya, pero Carolane Peterson está segura de que no la he escrito.

Se devane los sesos pensando si sus padres tendrán visitas, tratando de recordar alguna alusiva conversación con ellos al respecto. Pero no hay absolutamente nada de eso en su mente. Hace muchos años que no ve a los únicos primos que tiene, los hijos del hermano de su padre, Richard. Los que viven en Toronto. Los que también le temen a la chica.

— Tú estás loca. — escucha gritar al mayor de ellos mientras los gemelos lloran sin cesar, con gritos, moqueos y berridos que hacen estallar los tímpanos de Carolane. Quiere silenciarlos. Cierra los ojos y cubre sus

oídos. Pero aun los escucha; jadeando, pidiendo por aire. Aprieta más, y el mayor vuelve a gritar — ¡Suéltalos! — la joven de 14 años abre los ojos. Sus manos están alrededor de ambos, de sus cuellos. Retrocede asustada, nerviosa y temerosa. Mira sus manos que han quedado blancas ante el esfuerzo.

Rehace la cama nuevamente, tratando de no pensar en aquel suceso. Borrando de su memoria lo bien que se sentido al hacer. Lo extraña, poderosa, fuerte, potente y controladora de la situación. Pero esa no era ella. No pudo ser ella en realidad. Pues aquello una y mil veces se lo repitió la psiquiatra que su madre la obligo a ver:

— Esa no eras tú. Tú eres incapaz de hacerles daño. Tienes que dejar de culparte por ello. Nadie nace loco, maniaco, o psicópata. Eres muy pequeña para eso. — pera la pequeña mujer, de cabello negro y corto hasta las orejas, con grandes gafas de pasta gruesa le mintió. Lo sabe. O, por lo menos, la Carolane interna lo sabe.

En cuanto coloca el último de los cojines decorativos sobre la cama, camina hacia el armario; su vestido rojo está colgado en el perchero: tal y como lo dejó hace tres días; después de plancharlo a intervalos de tiempo por si su madre decidía entrar en su habitación y reñirle por tener la plancha en su posesión, porque ella no puede tener nada que pueda herir a otro.

Comienza por vestirse, camina hacia la cómoda mientras sus brazos batallan por subir el largo cierre que el vestido tiene en la espalda, y busco las medias negras térmicas. Entonces algo llama su atención, un juguete ha sido colocado sobre las medias, un muñeco de su infancia, un Ken. Pero este no tiene cabeza. Lo deja de nuevo de donde lo ha tomado al ver la hora que proyecta el reloj digital a un lado de ella. Carolane se coloca el saco de traje sastre que se he comprado hace unos años en una tienda de segunda, y las slipper de terciopelo negro; lo más rápido que puede. Corre al espejo del baño para arreglar un poco su cabello, pero siempre está así, en caída directa por los hombros y con sus típicos rizos incontrolables, decide no devanarse los sesos en ello, lo coge en una coleta. Lava sus dientes y sale del baño.

Lentamente; la joven baja la escalera para llegar al primer piso de casa, evitando caer en los lugares donde la madera cruje. Uno a la izquierda, y dos a la derecha. Mentalmente repasa el discurso que durante dos semanas ha preparado para la entrevista.

"Estoy muy agradecida porque me hayan seleccionado para contender por esta beca al extranjero. Como sabrán, soy una de las mejores estudiantes de mi instituto, y he estado en la cima del tablero de calificaciones por varios años. No pienso defraudarlos, quiero que confíen en mí, en que cada cosa, información, conocimiento, dedicación, y pasión que me

infunden; será sumamente aprovechado, y en absoluto desperdiciado por mi parte. Pues quiero esto desde que era pequeña, explorar el mundo con mis propios ojos, quiero perseguir las metas que me he propuesto. Porque cuando somos niños nos preguntan qué queremos ser de grandes, a lo que respondemos cualquier tontería; y nos dicen que persigamos esa tontería. Yo quiero perseguirla sin que nadie me limite. Y, obviamente, me encantaría poder experimentar la sensación de vivir sola, de ser libre"

Eso último lo dice sólo para sí misma, en un principio lo tenía contemplado en el discurso, pero aquella otra Carolane le aconsejo que mantuviera sus secretos completamente guardados, pues los reclutadores podrían pensar que sólo quería la beca para huir de casa. Aunque esa parte fuese ligeramente cierta.

Las ansias comienzan a aumentar dentro de ella. Pero aún le falta un arduo camino por recorrer, sin embargo, el impulso para destrozar todo a su paso crece más y más. Salta del quinto al tercer escalón, evitando el cuarto; pues rechina demasiado. Justo allí, escucha a mis padres hablando desde la cocina. La estrada está justo al concluir los escalones.

Por varios segundos duda entre ingresar a la cocina para prepararse el desayuno, o no. Es una conversación privada, y no la han escuchado bajar ya que lo ha hecho en silencio, sin un sólo rechinido de la madera. Entonces recuerda cuan mal y verde se ponía su mamá cuando él y ella escuchában, tras las paredes de papel, sus largas, insultantes, y fragorosas peleas. Cierra los ojos al tratar de recordar su nombre, a él. Pero únicamente hay vacío en el lugar que su mente guarda para él. Donde debería estar.

Se queda estática y helada al escuchar en un leve murmullo su nombre, en una voz suave y melodiosa; la de la madre.

— Carolane, no es confiable — el ruido de una silla al moverse indica que están sentados en el desayunador.

— Pero ¿qué dices mujer? — Ben suena cansado — Si ella es tu hija.

— Si, lo es. — en cambio Beth grita alterada. El agua se escucha al correr, pues la mujer ha abierto al grifo. — Desde lo de Clark, ya no es la misma. Se ha vuelto loca. — aumenta aún más su nivel de voz — ¡Tú viste lo que hizo a noche! — el ruido de una taza estrellándose contra el suelo sobresalta a la joven, y un ligero rechinido de la madera trata de delatarla — Dime tú, si eso no es para tenerle miedo. — Beth termina de hablar con un leve susurro

— Beth, necesitas calmarte. Estas exagerando e hiperventilando. — un fuerte suspiro proviene del cuerpo de Beth, está cansada de que su marido siempre defienda a su hija. Si supiera por lo menos todo lo que

ella sabe, lo que ha investigado durante todos estos años. Por otro lado, Carolane aun debate en su mente si salir corriendo, pero las dudas sobre lo que hablan la hacen permanecer, estática, inmóvil y gélida por las duras palabras de su madre.

— ¡Yo no estoy loca! — grita — Ella sí, y un día de estos nos va a matar.

— Yo me largo — se escucha un fuerte chirrido de la silla al ser arrastrada por el suelo de madera. Ben se ha levantado. No lo soporta más, está harto de la misma jalea diaria, de las discusiones constantes. Pero más de que todo lo que ocurre en casa sea culpa suya. No lo es, no es su culpa lo que ocurrió con Clark, no es su culpa que Carolane se haya vuelto así, una psicópata homicida que quiere atención. La joven se da media vuelta y se prepara para subir a paso veloz la escalera. — No permitiré de nuevo que levantes ese falso de mi hija. — Beth camina veloz hacia su marido y levanta su brazo, Ben lo toma al vuelo, ambos se miran con dolor en los ojos. Las cosas cada vez van peor cada año. Carolane quiere ver la escena, sólo asomarse ligeramente para saber qué pasa, cómo están ambos, sus expresiones, reacciones e inconformidad. Así que se estira ligeramente y lo ve. Ambos están frente a frente, su madre tiene la mano levantada a la altura del rostro de Ben, pero este se la ha tomado al vuelo, deteniéndola antes de que lo golpeé. Como le golpeaba a él. Regresa al lugar donde estaba, a la espera de escuchar algo más, o prepararse para correr escalera arriba, al escuchar los pasos de Ben dirigiéndose a la puerta.

— Yo sólo espero que se vaya de aquí pronto — arremete Beth al bajar su mano. Un fuerte dolor oprime el pecho de la joven; cortándole levemente la respiración.

— Yo también — es en lo único que concuerda Ben con su esposa. Y aumenta la punzada de dolor en el pecho de Carolane — Así se libra de esta clase de madre que tiene...

— ¿Cuál? ¿La que cuida de ella sabiendo lo que es? — la voz de Beth aumenta de nivel cada vez más, una voz ahogada por el llanto retenido

— No. La clase de madre que yo escogí; errando en lo que buscaba para ella — la voz de Ben se escucha déspota e hiriente. Y por extraño que parezca a Carolane no le duele que le hable así a Beth.

— Bien, si eso es lo que piensas de mi — el chantaje de la mujer comienza a aparecer, como cuando Carolane y él eran pequeños. Beth sorbe por la nariz.

— Claro que sí. Y en cuanto ella se vaya... — un prolongado silencio invade la casa—. Quiero el divorcio, Beth — y la expectación se disipa. Como si todo dentro de la casa se hubiese elevado y ahora está cayendo

sobre todos ellos; poco a poco y una cosa con más fuerza que la otra. — Quiero el divorcio — Ben repite en un susurro una vez más. No está convencido de lo que está pidiendo. Sólo se le ha cruzado por la mente de vez en vez cuando su mujer se la pasa durante horas deprimida dentro de la habitación, cuando ve de mala manera a Carolane, o en las situaciones de pelea constante y sin sentido; como esta.

— ¿Qué? — Beth produce un grito gutural — No puedes hacer eso... — su voz decae con cada palabra y se ahoga con el llanto contenido.

— Si Beth. Puedo, quiero y merezco hacerlo. — su voz cansada comienza a apagarse. Un nudo en la garganta comienza a formarse en Ben ante lo que está diciendo. — Y no grites, por favor, Carolane aún sigue dormida.

— Bien — grita aún más. La joven limpia sus húmedas mejillas preparándose para lo que sigue — Todo esto es su — hace énfasis en esa palabra — culpa...

— No — Ben la interrumpe de golpe —, no lo es. Es muy temprano para ella, y no tiene porque estuchar tus tonterías a las 4:00 de la mañana — su alegato causa confusión en la mente de Carolane.

Pues está segura de que se ha equivocado. Ella ha visto la luz del sol iluminar su habitación. Ha escuchado a su madre tocar furiosa la puerta de la habitación mientras se duchaba; como aquella vez hace tanto. Sabía que ya estaba despierta.

— No me importa, claro que es su culpa, todo lo que paso en esta familia es su culpa — Beth estalla con ira en su voz.

— No Beth, aquí la única culpable de lo que le paso a Clark y lo que vino después eres tú — Ben toma sonoramente aire por la nariz – Y por fin te lo puedo decir a la cara.

— Yo...

— Bien, me voy – interrumpe

Carolane escucha los pasos de su padre dirigirse a la puerta; a solo unos pasos de ella, y luego detenerse.

— No lo mataste, sólo lo perdiste, que es peor, lo dejaste a su suerte y culpas a la única persona inocente en esta casa, vaya mujer con la que me casé, vaya madre que le di a mi hija...

La joven no puede seguir escuchando, sube lo más rápido que puede a su habitación y haciendo el menor ruido posible, cierra la puerta aun con las lágrimas contenidas, la confusión dentro de su cabeza y la punzada de

dolor en el pecho que le impide respirar. Se tumbo en la cama y mira al techo, la cabeza da una y mil vueltas ante la nueva información obtenida.

¿Por qué su madre la culpa de algo que no sabe? ¿Quién es Clark? ¿Qué paso con él? Pero lo que más le inquieta es: ¿Qué hizo anoche para que su madre tenga miedo de que la mate?

Sabe que su madre no le responderá estas preguntas, no cree siquiera que le dirija la palabra. Tiene que hablar con su padre y saber qué es lo que está pasando.

Sus ojos comienzan a cerrarse, y mientras lucha para que esto no pase, lo ve, justo al lado de la ventana de su habitación; la misma que desde hace varios años no se puede abrir, y que Beth nunca quiso que ben la arreglase. Carolane intenta gritar que hay un intruso en la casa, en su habitación y que viene directo hacia ella, pero lo único que puede hacer es ver esos ojos dorados, que le hipnotizan por completo, que la paralizan de pies a cabeza. Su cuerpo es capaz de responder a cualquiera de las ordenes que envía su cerebro.

Entonces todo se oscurece y se ha ido, está dormida.

Capítulo 6

Carolane despierta desorientada. Mira a su alrededor; continúa recostada sobre la cama. Pero su mente está en blanco. Mira hacia la esquina donde permanece cerrada la ventana, igual que siempre y desde hace varios años; desde que él lo hizo, no hay nadie, ni siquiera atisbos de que alguien hubiese estado allí.

El sol vuelve a iluminar, ante sus ojos confundidos, la habitación por la ventana. Las cortinas están corridas, pero recuerda claramente haberlas cerrado. Talla sus ojos ante los juegos absurdos, confusos y alucinantes que crea su mente. Comprueba la hora en el reloj digital sobre la cómoda. 8:30 horas.

Se recuesta nuevamente y observa el ventilador de techo sobre la cama; aquel que no ha sido encendido en años. Cierra los ojos y se deja llevar por el recuerdo, la alucinación o el nuevo sueño que su mente se ha encargado de infundir en sus recuerdos, como si hubiese sido realidad. Como si aquello pudiese ser posible. Pero en su cabeza está la imagen de aquel niño; clara y nítida ante la luz radiante del día. Le sonríe y coloca su índice sobre los labios. Sus ojos dorados la reciben con añoranza. Carolane quiere decir su nombre, pero él niega de inmediato con la cabeza en cuanto ella se dispone a pronunciar palabra alguna.

Carolane abre los ojos aun con su imagen repitiéndose una y otra vez en la mente, pero no es un sueño, ni una alucinación o invento absurdo de su mente fantasiosa por la lectura; es un nítido, claro y absoluto recuerdo de él. ¿De quién?

Un fuerte impulso y descarga de adrenalina la hace levantarse de la cama más rápido que cualquier otro día, y saltar hasta la ventana. Comienza por corroborar que no haya nadie tras las cortinas corridas. Trata de abrir la ventana con todas sus fuerzas, incluso haciendo los más ridículos y extraños pucheros, pero su intento fracasa. Recorre lentamente la habitación en busca de una mínima señal de allanamiento, pero no hay nada. Todo se encuentra tal cual deber estar. Sin ninguna falta, aunque no posee cosas de sumo valor. Ni una mínima joya. Y tampoco hay algo más de lo usual. Algo que el intruso hubiese dejado por accidente.

Entra en el baño y abre el grifo para llenar de agua el lavabo. Necesita sumergir la cara, tiene que eliminar las cosas absurdas que se están acumulando, con mayor rapidez, en su mente. El agua helada escurre por su rostro, y un sabor amargo incrementa dentro de su boca, como metal, no, como... sangre.

Con pánico a punto de salírsele por la garganta, terror en los ojos y completa angustia emanando por todo su ser, se acerca aún más al

espejo frente a ella, y la ve. Allí, justo en el lado izquierdo del labio inferior; hay tres marcas individuales de dientes, con una ligera capa de sangre en ellas. Carolane mira las heridas con expectación, intriga y completa confusión; pues jamás se había mordido mientras dormía, al igual que no había soñado. Así que esto confirma que las cosas cambian.

Al salir del baño; Carolane aún continúa rozando las heridas con su lengua. El sabor amargo continua en ellas, pero en lugar de enjuagar y lavar, succiona la sangre que comienza a brotar, e incluso muerde el labio sin importar el dolor que le produce. Se detiene en cuanto esta frente a la ventana. Alisa su vestido de la parte inferior y mira el patio trasero de casa.

Una de las jóvenes familias juega con su pequeña hija en su patio. Entonces, viene a la mente de Carolen la conversación que ha escuchado de sus padres hace algunas horas. Pese a que estuvo pensando en ello, antes de entrar en esa alucinación o recuerdo extraño de alguien dentro de la habitación, no han quedado resueltas ninguna de sus dudas, incluso después de dormir tiene aún más dudas que en la madrugada. No sabe por dónde iniciar la búsqueda de "Clark", está perfectamente consciente de que su madre jamás le hablara de él si continúa culpándola por su desaparición.

Necesita hablar con su padre, aunque tampoco está segura de que él sí lo haga, y uno de los mayores inconvenientes es que se ha ido; Beth lo corrió. No quiso seguir escuchando todo lo que se reprochaban uno al otro. Tal vez y sólo tal vez, él sea el único que pueda contarle algo, pero siendo honesta consigo misma, sino lo ha hecho en todos estos años ¿Por qué motivo lo haría ahora? Una parte de ella tiene curiosidad detectivesca y la otra, sólo por el simple hecho de que la culpan de algo que no recuerda. Porque todo lo malo que ha hecho lo recuerda. Casi todo.

Carolane sale de la habitación bajando sigilosamente los escalones, esta vez rápido y sin distracciones. Ahora más que nunca quiere ir y aprobar la entrevista; irse y dejar de ser el punto de discordia entre sus padres.

Su estómago produce ruidos de hambre ya que no cenó y hoy tampoco desayunará en casa. Decide que es lo mejor, entre menos la vea su madre, menos daño o miedo puede causarle su presencia, y hay menos probabilidades de que le pueda recordar el hecho de que Ben le ha pedido el divorcio. Ya tendrá tiempo de desayunar en el campus de la Universidad en donde ocurrirá la entrevista.

Al llegar a los últimos escalones, escucha su padre hablando solo. Exhala aliviada por la presencia de Ben y la ausencia de su madre. Por un momento se pregunta con quién hablará, pero recapacita al darse cuenta de que habla por el móvil. Carolane no quiere volver a escuchar una conversación ajena, y sobre todo porque cuando lo hizo una vez, las cosas

salieron mal y mucho peor de lo que se podría pensar, pero ignora ese instinto y se queda allí espiando a hurtadillas aún en la escalera. Corre claramente el riesgo de que Beth salga de su habitación, baje y la vea espiando a Ben, conoce perfectamente lo que pasará después, así que sólo finge bajar a paso de tortuga.

Se paraliza al momento que escucha a Ben hablando a cerca de ella:

— Entiendo eso, pero mi hija ha vuelto a tener sus ausencias y necesitamos al doctor con urgencia. —Ben se detiene para escuchar a la persona del otro lado de la línea.

— El Doctor Payró ha salido de emergencia. Volverá dentro de 3 días. —La mujer al otro lado de la línea ya no es la joven de ojos verdes que Ben conoció en el despacho hace tantos años. En cambio, han sustituido a la secretaria por un modelo viejo, y terco.

— Bien, sólo dígale que los Peterson le llamaron.

Carolane escucho su suspiro de rendición y el tono alto anunciando que la llamada ha finalizado.

¿Están volviendo sus ausencias? ¿Cómo él puede saberlo? ¿Ya vio a un doctor por eso?

Entonces, recuerda lo que dijo Beth de ella; hizo algo anoche que le provoco tenerle miedo, tener miedo de que la mate.

Decidida a conseguir respuestas, por lo menos a alguna de las tantas preguntas que tiene y que cada vez se acumulan más en su mente; baja el último escalón con paso directo hacia él. Ben se sobresalta en cuanto la ve.

— Hola hija ¿Qué tal dormiste anoche? —Guarda el teléfono en el bolsillo de su pantalón.

¿Desde cuándo su padre tiene un teléfono celular?

— Bien —miente—, ¿Desde cuándo tienes un celular? —Trata de no sonar agresiva y sonríe para armonizar su rostro de intriga. Sin embargo, su cara muestra una sonrisa que deja de ser sonrisa para convertirse en una extraña mueca.

— Siempre es necesario uno, pero será mejor que no le digas a tu madre. —sentencia, dándole un guiño con su ojo izquierdo.

— No te preocupes, mi boca es una tumba. —sonríe nuevamente relajando más los músculos faciales— ¿Tú que tal dormiste? —Está

decidida a obtener algo de información sobre lo de anoche.

— Fue una noche algo pesada, ¿No escuchaste nada extraño? —ladea ligeramente su cabeza. La Carolane interna sonríe ante la idea de que él piense leer sus pensamientos. No lo ha hecho en todos estos años de mentiras.

— ¿Cómo qué? —levanta las cejas.

— ¿Gritos, golpes o algo? —Ben mueve de una manera extraña su mano cuando hablaba, arriba y abajo, izquierda y derecha. Como si tratara de convencerle de algo. Y es así, eso se lo había enseñado el doctor para aplicarlo cuando fuese necesario. Lo que Ben no sabe, es que aquello nunca funciona.

— No que yo recuerde, ¿Qué ocurrió? —Carolane pone cara de inocencia, por lo menos cree que esa le sale bien. Pero erra nuevamente en el intento.

— Los vecinos, otra discusión, ya sabes lo usual. —miente. Ben se pone en pie y se dirige a la salida de la cocina.

¿Cuántas veces le ha mentido con los pleitos de los vecinos? Carolane nunca los ha escuchado, pero siempre creyó en él, antes no pensaba que tendría un motivo para mentirle.

— No, creo que no escuche nada. —miente igual que él lo ha hecho, sin remordimiento. Dándose cuenta de que, si su padre es capaz de mentirle en ese hecho, y no sabe exactamente desde cuándo le ha mentido, lo hará también con lo que respecta a Clark.

— ¿Dónde está mamá?

— En su cuarto, dormida. Eso espero —coloca los ojos en blanco. Ben Peterson poniendo los ojos en blanco ¿Qué ocurre en esta casa? Ambos se hacen la misma pregunta en sus mentes. El único que sabe esa respuesta es Ben; por el momento no quiere ver a su esposa.

— ¿Ocurre algo? —sabe perfectamente que preguntar sobre sus problemas es, evidentemente, una falta de respeto, pero ya no le importa, ellos están muy extraños con todo lo que respecta a ella y necesita respuestas. Si no las obtiene del padre, las buscará poniendo la casa boca abajo para encontrar todos sus secretos.

«¿Pero que tanto quieres eso?» la chica dentro de su cabeza aparece con esa interrogante.

— No, solo se sintió mal anoche y está un poco irritada. —concluye dándose la vuelta para irse.

— Papá, ¿Podría tener un celular yo también? —Carolane no tiene idea de dónde ha salido el deseo de tener uno, pero está segura de que quiere tenerlo en caso de que volviese a ver a alguien en su habitación.

— ¿Y no le diremos a tu madre, supongo? —pregunta con una sonrisa extraña, pero confiable.

— No, no queremos que se ponga histérica. —bromea.

— Bien, cuando regreses de tu entrevista te daré tu regalo, por cierto, ¿Quieres que te lleve hasta allá? —pregunta, pero en su voz suena más a un compromiso que a algo que quería en realidad. Y es que no quiere, quiere huir de los problemas en casa, meterse dentro de los libros de contabilidad en el despacho que posee en el centro. A veces se ha preguntado si sería conveniente para él tener una aventura, pero no, no podría mantener oculto ni un secreto más.

— No papá, estoy bien. Me hará bien caminar y desayunare fuera. —sonríe tratando de convencerlo. Pero no lo logra, nunca lo logra.

— Suerte. —Ben le da un pequeño y rápido beso en la mejilla a su hija, y sale de la cocina.

Un par de minutos después se escucha la puerta de entrada cerrarse, el motor del auto ser encendido, y después nada.

Capítulo 7

Al llegar a R. R. College, Carolane no deja de maravillarse por lo grande que es. Los jardines en la entrada; completamente verdes. El enorme estacionamiento; en el cual seguramente no se atiborra de alumnos fumando su "porro", como ellos le dicen, besándose o pasando uno que otro costo a hurtadillas de los profesores metiches. Camina con lentitud ante la inmensidad frente a ella, y a su alrededor; disfrutando de ser invisible ante la gran cantidad de alumnos.

En cuanto entra en el edificio A, se acerca a la recepcionista:

— Disculpe, vengo para una entrevista de intercambio ¿Dónde se supone que debería estar? —la mira interrogativa. Sus ojos recorren todo su atuendo. En casa creyó que estaba bien para la ocasión, pero con ella mirándolo; ahora duda.

— Puedes esperar en la cafetería que esta al fondo a la derecha, alguien en unos minutos vendrá por ustedes. —Al escuchar cafetería; el estómago de Carolane comienza con su grito de ayuda, tiene mucha hambre, pero tampoco puede darse el lujo de llegar con olor a comida en la boca, ya que no se ha traído nada para solucionar eso.

— Gracias —se despide con una sonrisa. Pero la recepcionista no la ve, sólo mira el ordenador frente a ella mientras atiende una llamada por el conmutador.

Una vez en la cafetería se da cuenta de que en realidad no son muchos los que están contendiendo por el intercambio. Un par de chicas con trajes sastres, seguramente comprados en una de las mejores y más caras tiendas de la ciudad; la miran durante breves segundos, para de inmediato hablar de ella, o simplemente regresar a su tema de conversación original. Un chico baja su grueso tomo de ciencia, permitiendo que su sedoso cabello afro salga a la luz, y la mira sorprendido, para después regresar a su entretenida lectura. Por último; cinco chicos, dos hombres y tres mujeres, hablan sin ninguna preocupación o conocimiento de su llegada. El rubio se pone en pie y comienza a narrarles algo; hace gestos graciosos y movimientos bruscos, buscando la confirmación del chico a su derecha; un joven moreno y sumamente guapo, el cual se libra de comprometerse levantando los hombros y las manos a la altura de la cara, y negando con la cabeza ante lo que el amigo expone; entonces todos se ríe.

Carolane se sienta en una mesa aparte, quiere estar sola, ya que si se sienta con alguno de ellos; empezará a ponerse más nerviosa de lo que ya está. Ve como, una vez más, todos se ríen en la mesa frente a ella, y un aire frío recorre todo su cuerpo. Carolane siente como si alguien estuviera

observándola de lejos, voltea la mirada y es allí cuando lo ve sentado en la escalera para llegar al segundo piso. Esta vez no va de blanco, tiene un libro en las manos, y en cuando siente la mirada de Carolane tensa la espalda y agranda los ojos. Se pone de pie de inmediato, y sale corriendo como un loco lejos del lugar, lejos de ella.

Por instinto, Carolane sale corriendo tras él. En definitiva, se ve como una loca, pero quiere saber por qué ha salido corriendo, por qué motivo la sigue a todos lados. Bueno a dos lugares que son remotamente diferentes, y no excusables para simples coincidencias.

— ¡Hey! Espera, sólo quiero hablar contigo. —Carolane grita con jadeos ante el esfuerzo. Él se detiene en seco, la examina por unos segundos hasta que está frente a él.

Carolane no puede entender cómo corrió tan rápido y no luce en lo absoluto agitado, o con una sola gota de sudor en su frente, sin embargo, está impecable, como si no hubiera hecho cardio en ningún momento.

La (por este día) pelirroja tarda unos minutos en recobrar el aliento, está exhausta, mucho sudor recorre todo su cuerpo.

Él la mira irritado, y luego habla:

— Bueno, ¿Vas a decir algo o te vas a quedar sólo sudando?

— Yo..., si, ¿Por qué me has estado siguiendo? —No es con lo primero que quería comenzar, pero no hay nada más que esa pregunta en su mente.

— ¿Yo? —se lleva su mano derecha al corazón ofendido—. ¡Oh!, cariño. —sonríe—. Por si no te diste cuenta, fuiste tú la que corría detrás de mí como una maldita loca desquiciada —escupe.

— Sí, Pero tú saliste corriendo primero. —Carolane argumenta orgullosa de sí misma, sin embargo, aquello no suena convincente, o coherente.

— ¿Te preguntaste en algún momento que tenía una clase urgente a la cual ir y llegaba tarde? —Honestamente nunca lo pensó, ni siquiera pasó por su mente que él pudiera estudiar aquí y si fuera así, ¿Cómo se conocen?

— ¿Estudias aquí? —su voz suena más sorprendida de lo que pretende.

— Eso no es de tu incumbencia. —Él está irritado, quiere irse de allí, tal como se lo advirtieron. Pero no puede.

— ¿Cómo nos conocemos? —Carolane ladea su cabeza a modo de

inocencia, al menos eso creé.

Él sonríe de lado y habla:

— El coqueteo no te ayudara.

— No te estoy coqueteando. —La pelirroja grita, levantando las manos a la altura de sus hombros.

— Seguro. —se burla mientras se acerca más a ella. Carolane intenta alejarse, pero sus pies no responden sus órdenes, está anclada al piso donde se encuentra.

— ¿Cómo es posible que nos encontremos en todos lados?

— El mundo es un pañuelo.

— ¿En la biblioteca? —Carolane coloca una graciosa cara de póker que lo hacer sonreír ligeramente.

— La ciudad es pequeña y si porque te encuentras dos veces con alguien, en tú opinión; te está siguiendo. Amiga mía, tienes un problema de paranoia.

— ¿Cómo sabes mi nombre?

— Tenemos años de conocernos, Carolane —Coloca una sonrisa extraña, intencional para que lo deje en paz, pero no quiere que lo haga. Quiere besarla. Sin embargo, a Carolane le da más curiosidad saber de dónde le conoce.

— ¿De dónde nos ...?

— Eso no importa —Coloca su dedo índice en los labios de Carolane, silenciándola.

Comienza a pasar su lengua por su labio inferior, recorriéndolo lentamente. Carolane no puede decir nada, únicamente sigue el recorrido de su lengua, hasta que finaliza, y aprisiona su labio inferior con los dientes. Lo hace con fuerza, tanta que puede arrancárselo. En el rostro de él parece ver un poco de sangre en su boca. Y en la de ella siente un sabor amargo y un líquido caliente deslizándose por su barbilla. Levanta la mano para tocar su boca, esta mojada, y lo primero que viene a su mente es que está babeando, el pensamiento la hace ruborizar por completo. Él deja de aprisionar su labio y la mira con diversión en sus ojos. Cuando Carolane baja su mano y la examina se da cuenta de que lo que escurre

por su boca; no es saliva, sino... sangre.

— Pero ¿Qué demo...?

— Hey —Él la interrumpe—. A tu madre no le gustará que digas malas palabras.

— ¿Cómo ocurrió?

— ¿Y yo que se? —Él camina y pega su cuerpo al de ella. Su instinto le dice que debe retroceder, que él no es de fiar, pero algo en ella no funciona, sus pies no obedecen ninguna de sus órdenes, sus brazos se sienten pesados. Sus rostros están cada vez más cerca y... la besa.

Al principio el beso es frio e incluso violento, después se vuelve húmedo y dulce. Su esquicito y cautivante olor a café tostado la hace desear más su cercanía, su tacto, sus labios justo a los suyos, sus manos en su pequeña cadera. Él comienza a succionar su labio inferior y Carolane cierra los ojos con fuerza; le gusta. Siente sus cuerpos irradiando calor por todos lados. Él se aparta de golpe. Lo siente riéndose frente a ella, ha sido demasiado fácil de besar y él es una mala persona, lo sabe en su interior. La otra Carolane; lo sabe.

Sin embargo, cuando abre sus ojos para enfrentarlo ya no está, no hay nadie frente a ella. Únicamente está la ventana de su habitación, pues está de nuevo en ella.

Capítulo 8

Carolane se sienta durante varios minutos en la cama, para procesar el iluso sueño que cree haber tenido, uno más de los varios que su mente se ha dispuesto a crear. En cuanto se incorpora siente un fuerte dolor palpitante recorrer cada musculo de su cuerpo. Algo usual en su día a día. El sitio se siente extraño, ajeno, sin embargo, sabe perfectamente dónde está.

Gira levemente la cabeza hacia un lado y todo comienza a darle vueltas. Está mareada, y un fuerte olor petricor inunda su nariz. Evoca, poco a poco, lo que sucedió en el sueño: su padre hablando por celular; tratando de localizar a un doctor por sus concurrentes ausencias, la Universidad, el chico atractivo que se dispuso a besarla, acosarla y después sólo encuentra rastros difusos, golpes, lluvia, él.

Sacude rápidamente la cabeza, pero el mareo vuelve. Cubre su rostro con las manos, respira; como se lo enseñaron, lento, profundo. Y poco a poco las cosas se normalizan a su alrededor.

— Sólo a ti... —se riñe a sí misma— se te ocurre tal barbaridad. —mira el reloj digital. 6:30 horas. Bien, aún falta mucho tiempo para la entrevista.

Carolane se incorpora con lentitud, temiendo que aquel extraño y nauseabundo mareo vuelva. Pero no, eso no ocurre. Camina hacia el baño, necesita centrarse, estar lista para la entrevista; huele muy mal y no lo comprende. De pie frente al espejo se examina, duda un poco sobre la imagen que le devuelve el espejo. Suelta la coleta que se hizo para dormir. ¿Por qué? Hay algo diferente en esa chica. Se parece a ella, tiene el mismo tono de cabello, negro rojizo extraño, ondulado y con el mismo corte, los mismos ojos azules que la miran expectantes, estudiosos, la misma nariz chata y los labios con ese intenso color rosa en ellos. Sin embargo, continúa habiendo algo diferente en ella. Hasta que lo ve.

Una gran colección de hematomas violetas dibuja ciertas áreas de su cuerpo; hombros, antebrazo, piernas, abdomen y barbilla. Los pincha con el dedo corazón, pero estos ya no le duelen, en cambio, el dolor que siente su cuerpo es muscular. Gime al tratar de estirarse para desvestirse por completo, para deshacerse de la tonta pijama de conejitos que se ha colocado. El movimiento de su cabello al rozar con la ropa despierta nuevamente ese olor petricor con algo más; un fuerte olor a humo. De repente él viene a su mente, ya no tan pequeño como en su primer recuerdo, y con un cigarrillo entre los dedos. Con la misma sonrisa y los ojos llenos de anhelo.

Carolane sale de su habitación. Necesita corroborar si aquello es un recuerdo o sólo una más de las extrañas alucinaciones que su mente

prepara. Como antes, pero esta vez no quiere decirle a nadie. No quiere que pase lo de hace cuatro años; justo después de tratar de ahogar a sus primos.

Una extraña sensación de déjà vu se apodera de cada uno de sus sentidos en cuanto se coloca frente a la ventana. Muerde el labio inferior y el amargo sabor de la sangre vuelve a inundar su boca. Sus ojos vienen a su mente, sus labios, su aroma a café tostado, y la respiración se le entrecorta. Molesta por pensarlo, regresa con paso firme al baño. Necesito una ducha.

El agua está sumamente caliente, pero lo necesita. Se sumerjo por completo bajo la cascada de agua. En su mente trata de recobrar los recuerdos, pero la otra chica dentro de su cabeza, la que sale cuando le apetece y causa revuelo a donde va; no quiere que su mente independiente de ella; razone. La bloquea.

Comienza por enumerar una a una las cosas que recuerda mientras levanto un dedo a la vez, aún bajo el agua.

1. La conversación que espió de sus padres en la madrugada.

2. Aquel chico de pie frete a su ventana.

Son sólo dos cosas que le quedan claras, el resto... el resto es sólo producto borroso que su mente trata de desaparecer, con la ayuda de aquella otra chica.

Termina la ducha y duda el salir envuelta en su toalla gris, la sensación de que hay alguien fuera; invade su ser. Así que piensa en colocarse de nuevo el asqueroso pijama. No le agrada la idea de que alguien la vea desnuda, como su madre la trajo al mundo, literalmente ya que su cuerpo no ha querido evolucionar. Sigue en estado de hibernación. Pero, se arma de valor y lo hace. Sale con la toalla únicamente cubriendo las zonas importantes. Corre al armario para vestirse. Observando como una loca paranoica cada rincón de la habitación, introduce la mano dentro del armario y tantea en el perchero del día: donde generalmente coloca su ropa para el día siguiente, para tomar el vestido rojo. Pero no está, el vestido no está, y no sólo eso, falta todo su atuendo para la entrevista. Confundida; se introduce por completo en el armario, y comienza a lanzar toda la ropa a su paso fuera del mismo.

— Tienen que estar por aquí. —le ruega al vacío. Su voz suena entrecortada, angustiada, y con pánico—. ¡Por favor, por favor, por favor!

El aporreo de la puerta la sobresalta, provocando que su cabeza se estrelle contra uno de los gardenes interiores. Da un grito ahogado, cubriéndose la boca con la mano mientras con la otra masajea el cuero

cabelludo dolorido. La zona palpita de inmediato.

— Adelante. —Un nudo en su garganta comienza a formarse ante el dolor que aumenta, palpitando cada cierto segundo. Ben es quien ingresa a la habitación. Su rostro serio y molesto la observa intrigado, confundido.

— ¿Está todo bien? —Él duda un momento entre acercarse hacia donde está ella o no. Niega con la cabeza, quedándose justo bajo el marco de la puerta.

— ¡Y todavía se hace la sínica! —grita, elevando ambos brazos por sobre su cabeza. Ben se siente molesto, decepcionado y confundido. Cuán lejos ha llegado su hija esta vez.

— No entiendo —Carolane trata de defenderse ante su acusación. Su mente está demasiado confundida, y no hace otra cosa más que pensar a que se refiere. ¿Sabrá que espió su conversación?

— ¿Qué pasó en la entrevista? ¿Por qué peleaste a golpes con ese muchacho? —Ben comienza interrogarla mientras avanza a paso ligero hacia ella, sus ojos proyectan angustia. El enojo se ha disipado por completo. Mientras camina su hija nota el cansancio que refleja su expresión por los días que no ha podido dormir preocupado por ella.

— Yo... —Carolane evita cualquier tono de confusión en su voz, o, por lo menos, trata de hacerlo, y se sienta sobre la cama. De nuevo el mareo, la sensación de no pertenecer y se apoderan de su mente—. No he hecho nada papá —hace una breve pausa para leer su expresión, pero no hay nada, está plausible, inmutable ante lo que le dice—, ni siquiera he asistido a la entrevista. Aún faltan demasiadas horas. Te lo juro. —aleja, y levanta los brazos a la altura de los hombros, con las palmas en su dirección, para tranquilizarlo—. Es sólo una información errónea, una broma. —Y apuesta a que fue de Kate.

Ben suaviza su rostro mientras la observa, y en sus ojos aparece un vago, pero intenso destello de decepción.

— ¿Cuánto es lo que recuerdas? —Suena derrotado, decaído, y expulsa el aire contenido durante varios segundos dentro de sus pulmones, de una manera ruidosa, como un toro enojado.

Carolane lo observo por varios segundos y siente como su cara se deforma por todas las expresiones que aparecen; por la confusión que se arremolina en su mente, y se plasman en ella.

— No sé de qué va esa pregunta. —miente.

Ben camina los últimos pasos hacia ella y se sienta a su lado en la cama, aspira profundamente y después suelta el aire lentamente, entonces habla.

— El martes faltaste a tu entrevista, pese a que aquí esa misma mañana ya estabas lista para ir, no se sabe si en realidad llegaste, porque no he podido hablar a R. R., después, por lo que parece y me informo la directora del instituto; te presentaste a clase, aun cuando tenías el día con permiso de faltar...

— Eso no es raro en mí. —Carolane interrumpe tratando de evocar los recuerdos, los hechos o alguna pista de lo sucedido.

— Déjame terminar. —Ben le dice en un tono irritado—. El problema no es que te presentaras en el instituto, el problema es lo que hiciste después, o al parecer a lo único que asististe. —El hombre agacha la cabeza ante la vergüenza de lo que le ha dicho la mujer de dirección. Carolane lo nota; pero ¿qué se supone que hizo? ¿Dijo martes? Él ha dicho que peleo con un muchacho, pero ¿por qué motivo haría una cosa así?

— ¿Qué día es hoy? —pregunta

— Viernes —su padre responde con voz ahogada. ¿Se perdió dos días? ¿Qué paso? ¿Qué hizo?

— ¿Qué ocurrió después? —pregunta con intriga—. ¿Qué hice? —Carolane continua sin poder creer que hiciese algo, pero recuerda los hematomas en su cuerpo y ese hecho se vuelve más posible.

— Fuiste al aula donde estaban los de tu curso y golpeaste a ese chico, (no se su nombre, realmente no lo recuerdo, así de simple), lo hiciste hasta que comenzó a sangrar, el trato de defenderse, pero al parecer lo tenías controlado. —El relato de Ben luce creíble, ha estado pensando en el durante todo este tiempo. No puede decirle quien era el chico. Ya no quiere más regresiones ni terapias para que recuerde las cosas. Sin embargo, Carolane no le cree, hay algo que le insiste en que él miente. No en la narración, sino en que no conoce al chico. El silencio se propaga una vez más entre padre e hija.

— No sé dónde estabas Carolane, hace unas horas que volviste, te permití descansar. Necesitaba pensar que te diría. —juega con sus manos, está nervioso.

— Y-yo no recuerdo nada. —Carolane agacha su cabeza y la aprisiona entre sus manos, no sabe que intenta al hacer eso, pero quiere exprimir toda la información que está muy dentro de su cabeza. Ben se levanta y camina de vuelta hacia la puerta. No sabe que decir, como reaccionar nuevamente a esta situación. Está harto. En cambio, Carolane está a

punto de pedirle un abrazo, como los de antes, como cuando era pequeña y tenía miedo, justo como ahora pero sólo lo ve levantarse y alejarse de ella. Toma la perilla de la puerta para así cerrarla a su salida, pero se detiene un momento.

— Me comunicare con el Dr. Payró, me lo han recomendado y puede que te ayude. —miente nuevamente, pero esta vez su hija no lo nota. ¿Un doctor? ¿Recomendado? ¿Y la vieja psiquiatra?

— ¿Qué? —Es la única pregunta, a pesar de las miles de preguntas que Carolane tiene dentro de su cabeza, que tiene el consentimiento de esa otra chica para salir. Entonces recuerda su sueño, en realidad no fue un sueño, todo ocurrió, o por lo menos la parte en la que su padre hablaba por teléfono tratando de localizar a un doctor el cual se suponía ya había visto.

— Creo que lo necesitas. —Saca su celular del bolsillo trasero de su pantalón— Por cierto, el celular que me pediste está dentro del cajón derecho tu mesa de estudio. —Se gira para salir de la habitación.

— Escuché la conversación entre mamá y tú. —habla demasiado veloz, pues él no ha tenido oportunidad de darle la espalda por completo. No tiene idea el porqué, o siquiera de donde le ha salido el valor de confesar tal hecho, pero lo hizo, la moneda está en el aire, girando, a su favor o en su contra.

— ¿Qué conversación? —Ben pregunta ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos. Quizá está es la oportunidad para redimir lo que dijo e inventar cualquier cosa, pero no lo hace, se queda callada durante unos segundos y luego comienza a delatarse a sí misma.

— El martes en la madrugada —hace una ligera pausa—, ¿Quién es Clark? —Ben no se da vuelta para mirarla por completo; está petrificado. Lo que más temió durante todos estos años está ocurriendo frente a sus ojos. Encorva su espalda derrotado.

— Hablaremos esta noche. —Ben habla después de eternos segundos de absoluto silencio, de sostener la puerta con toda su fuerza que sus dedos han quedado blancos, y su mano sudada se ha quedad plasmada en esta. Sale de la habitación y cierra la puerta con tanta violencia que el cristal de la ventana se mueve, dejando un ruido constante en la habitación.

Carolane se tumba nuevamente en la cama, decidiendo si ir o no al instituto, tiene miedo de que alguien recuerde lo que ocurrió el martes y se le señale por ello, o peor aún, que el chico al que golpeo vaya tras de ella por venganza. Pero está tan cerca de los exámenes y siendo quien es; una ñoña súper A, sabe que no puedo darse el lujo de faltar. Y por lo que parece perdió su oportunidad de intercambio al no asistir a la entrevista.

¿Cómo es posible que haya hecho eso?

Se levanta de la cama y comienza a vestirse; todo ha sido tan impactante que se le ha olvidado de que aún trae puesta la toalla. Va al armario, todavía con la cabeza punzando ante el dolor, y se pone lo primero que encuentra. Lo hace tan rápido que no pone realmente gran atención a ello.

Al llegar al instituto, el estacionamiento está repleto, agradece casi nunca usar el auto que tiene. Su padre se lo regaló, cuando cumplió 16 años, su Súper Sport, el cual sabía él había tenido desde el '81. Es de un color verde muy oscuro y con esas tontas franjas café y rojo a los costados; desde que se lo dio, sólo lo condujo un par de veces, ya que; así como hoy, es imposible encontrar un lugar disponible en el estacionamiento del instituto, aunque a veces si lo utiliza para ir a la biblioteca.

Sisler High School; es inmensa, y el hecho de llegar al estacionamiento no quiere, necesariamente, decir que ya está a unos pocos pasos de llegar a la entrada. Camina esquivando a todos los alumnos que se reúnen, literalmente estorbando; consumiendo descaradamente hachís, besándose, manoseándose frente a todo. Sin llamar demasiado la atención. Está segura de que si alguien la reconoce algo realmente malo podría pasar.

A sólo unos cuantos metros de la asta bandera; al fondo, de pie con el teléfono en su mano, sus rizos rubios descontrolados; completamente distraído, con una sudadera de Red River, jeans claros y zapatillas deportivas; está nuevamente él. Aquel chicho de la biblioteca, aquel chico que la besó apasionadamente en sus sueños. ¿o no?

Un escalofrió recorre todo su cuerpo cuando él posa sus ojos sobre ella, siente demasiado frío, él la hace tener miedo.

Él sonríe elevando la comisura del labio, bajando el teléfono y colgando la llamada molesta de Ariana; la joven estadounidense que ha quedado colgada por él. Está cansado de ella.

Él camina hacia a ella, tiene ese porte de superioridad al caminar, por lo cual las chicas a su alrededor lo ven mientras se muerden el labio inferior, y lo relamen al mismo tiempo que juegan muy coquetamente con el cabello entre sus dedos.

— Creo que ahora ya sabemos quién está siguiendo a quien. —Levanta

ambas cejas, y algo en ella se emociona.

— Claro que si. —responde demasiado nerviosa —. Ahora no puedes alegar que estudias aquí, así que tienes que decirme ¿Qué quieres de mí? —Carolane trata de parecer lo más valiente posible.

— Tienes razón, pero no estoy aquí por ti, cariño. —sonríe ampliamente— Vine a dejar a mi hermana...

— ¿Hermana? —interrumpe.

— Si, hermana. Por lo menos escuchas bien. —Carolane traga en seco—. Resulta que hay una loca golpeando estudiantes hasta hacerlos sangrar. —atribuye.

El miedo en ella aumenta. Esto es genial. Ahora hasta él tiene toda esa información y Carolane no recuerda absolutamente nada. ¿Sabrá que esa supuesta loca es ella?

— Te quedaste muda. —afirma él. Ella lo mira directo a los ojos, hay algo en ellos que le parece familiar, entonces recuerda al chico de la ventana, al de sus alucinaciones vividas, al de su pasado olvidado. Si esa alucinación se sintió tan real, ¿Por qué él no podía serlo también?

— ¿Eres parte de una alucinación mía? —pregunta. De inmediato se siente como una tonta.

— ¿Alucinas conmigo, cariño? —se muerde su labio inferior y sus ojos centellan, se burla de ella.

— Dime, sí no lo eres, ¿Por qué te veo en todos lados? ¿Por qué entonces todos ellos...—Carolane apunta hacia la multitud frente a ella— ...me ven como si estuviera hablando sola? ¡Tal como una loca! —Le falta el aire, comienza a jadear.

— Oh bueno, no lo sé, tal vez podría ser por el disfraz de pijama party que traes puesto. —Él levanta sus brazos—. Es sólo una idea. Sin ofender, te ves cursi, pero sexy. —Le lanza un guiño con su ojo derecho ladeando la boca y recorriendo el cuerpo de Carolane con sus ojos.

Carolane sigue su mirada, y observa lo que lleva puesto. Él tiene razón, pues ella lleva puesta su pijama. ¿Cómo es eso posible? Carolane claramente recuerda haberse quitado el pijama y ponerse ropa para asistir al instituto.

— ¿Qué mierda me está pasando?

— No tengo idea, cariño. Pero creo que deberías ir a cambiarte antes de que te dé un resfriado... y procura no hablar así delante de tu madre. —Él señala hacia el estacionamiento. ¿Cómo escucha lo que ella piensa?, «¡Oh! no, no, no dije todo en voz alta.» ruega internamente.

Él la observa durante varios segundos de manera interrogativa. Espera con ansias que se dirija hacia la salida, que le pida llevarla para que pueda cambiarse, que le pida cubrirla, que lo necesite de alguna manera. Pero eso no ocurre. Ella está perdida en su mente, obligándose internamente a recordar que se cambió de ropa.

— Bueno, como eres muda, yo me largo. —Él se aleja de ella dirigiéndose al estacionamiento.

Un chico con cabello castaño y corpulento; pasa a su lado. En cuanto Carolane se percata de su presencia; el chico la hace recordar a la señora Puff; un personaje de una caricatura que ambos veían. El joven de cabello rubio junto a ella también le encuentra el mismo parecido, pero ningunos de los dos dice nada. El chico mira despectivo a la pareja; se ríe a carcajadas y comienza a hablar con el pelirrojo tímido que va a su lado:

— Ya viste Matt, la lunática hoy viene disfrazada de zorra ñoña. —El chico Puff vuelve a reírse. Carolane comienza a sentir sus mejillas calentarse, quiere gritarle, pero no sabe exactamente cómo defenderse. Ella, la chica dentro de su mente, la loca histérica, debería salir y enfrentarlo, ponerlo en su lugar; sin embargo, decide desaparecer.

— Disculpa amigo, ¿Cómo le dijiste? —El rubio interroga al amigo de Matt; un chico con cabello rojizo estilo zanahoria y más bajo que Carolane.

— Lo que es, mira que el ultimo chico que le declaro su amor, termino con la nariz sangrando hace unos días por ella. —apunta con su dedo regordete a Carolane, y hace un gesto de desprecio.

— Será mejor que te calles y te largues de aquí, chico estúpido —El rubio le grita nuevamente en defensa de ella; tomándola de la mano, lo cual hace que los vellos de su cuerpo se ericen por completo.

— Oh, disculpa amigo, creo que cometí un error al advertirte que tu novia es una psicópata. —El chico Puff grita una vez más y todos voltean sus miradas hacia los cuatro.

Al ver que el rubio se acerca amenazante hacia él, levanta las manos a la altura de sus hombros y con las palmas dirigidas hacia Carolane y su defensor. El rubio sólo sonríe.

— No, aquí la única que cometió un error, fue tu madre por haberte dado a luz. —arremete— Y es mejor que dejes de molestar a mi novia

¿Capisce? —toma con más fuerza el brazo de Carolane y la dirige hasta un auto Yaris 5P color azul marino.

— ¿Dónde dejaste el tuyo? —Lejos de los dos chicos comienza a interrogarla.

— Y-yo vine c-caminando —tartamudea ante el repentino frio que recorre su cuerpo. Carolane tiene tantas cosas dando vueltas en su cabeza que realmente no sabe qué contestar.

— Entonces sube, te llevare a tu casa. —Él le giña nuevamente el ojo.

— No quiero ir a casa.

— Aun así, sube cariño. —ordena susurrándole en el oído, y mordiéndolo ligeramente.

Capítulo 9

El cielo luce despejado, el frio aún se apodera del comienzo veraniego. Carolane y su joven rubio defensor misterioso; recorren más de una milla en absoluto silencio. El calor de sus mejillas ya ha bajado, su cuerpo ha dejado de tener espasmos irregulares, y su boca ya no está tan seca como hace unos minutos. Las ventanas están cerradas y él ha puesto la calefacción. Todo está en completo silencio; por lo menos entre ambos, porque dentro de la cabeza de Carolane se arremolinan escandalosamente un sin número de preguntas.

«¿Qué había pasado con la ropa, que me había puesto en la mañana, de la cual estaba al cien por ciento segura que traía puesta? ¿Qué le había hecho a ese chico al cual golpeé, para que el tipo regordete me llamara lunática? ¿Alguien me declaro su amor? ¿A quién golpeé? ¿Quién es este chico con el que vengo en el auto? ¿De dónde nos conocemos? ¿Por qué me llamo su novia? ¿Por qué me da tanto miedo? ¿O no es miedo? ¿Quién es Clark? ››

Y la más importante de todas:

«¿Qué está pasando conmigo? ››

— ¿Estás bien? —Él le pregunta sacándola de su interrogatorio interno. Le ha dado su sudadera al darse cuenta de que el frio en el exterior le afectaba. Más por nerviosismo que causado por el clima, aunque siendo sincera le gusta el aroma que ahora tiene sobre ella. Café quemado.

— Yo... —De nuevo, es con lo único que puede contestar. Tiene muchas preguntas que hacerle, pero no sabe siquiera su nombre.

— Tú, Carolane. —Él imita la voz de Tarzán—. Yo, Nóah. —concluye con una gran carcajada y regresando su vista al camino. «Así que su nombre es Nóah» En su voz se escucha melodioso, onírico incluso. Pregunta uno, de infinitas, resuelta.

— Gracias. —Carolane mira el lóbulo de su oreja—. ¿Por lo qué hiciste? —Nóah ladea su cabeza sin comprender a lo que se refiere—. El defenderme de ese chico y su amigo.

— Técnicamente sólo te defendí del señor Puff, por que el otro se cagaba de miedo.

— Eres intimidante. —Carolane agradece no ser la única que vio el parecido.

— Tenían miedo de ti. —responde agachando ligeramente la cabeza, pero con una sonrisa sarcástica—. No de mí, Carolane. —La sonrisa de Carolane desaparece—. No pongas esa cara. —roza su mano con la de ella—. Así les estas mostrando a toda esa bola de imbéciles que no temes romperles la nariz.

— No lo hice intencional... ¿escuchaste que dijo que me declaro su "amor"? —crea comillas con sus dedos en la palabra amor.

— Si, pero le rechazaste. —Nóah aprieta sus manos en el volante y los nudillos de sus dedos comienzan a tornarse de un color completamente blanco. Carolane no tiene idea porqué él tiene esa reacción, sin embargo, ella tiene preguntas que hacerle, el problema es comenzar el intensivo interrogatorio.

— Dime en que estás pensando, cariño, aun no soy telépata. —Nóah muerde su labio inferior. Tiene un severo tic con eso. Sin embargo, Carolane se da cuenta, cuando ya es demasiado tarde, que recorrer sus labios con la lengua al verlo; hasta que él coloca su dedo índice sobre ellos; acariciándolos suavemente.

— No me incites a besarte. —susurra.

El auto cada vez tiene los cristales más y más empañados. Carolane exhala.

— ¿No tienes que ir al Red River hoy? —cambia la conversación. En realidad, no le importa si falta o no. Aunque en su instituto ya están comenzando los exámenes finales, y seguramente en el de él también.

— No, puedo darme el día si quiero. —su voz tiene un tono ligeramente pretencioso.

— Mmm-hmm —Carolane responde con su muletilla favorita. No quiere que él se dé cuenta de cuanto le alegra el hecho de que no la deje sola, o insista llevarla a casa.

— ¿Hay algún problema con ello? —Carolane niega rápidamente con la cabeza.

— No, pero no soy fan de las personas que se —hace comillas con sus dedos—; "Dan el día". —lo ve sonreír ligeramente.

— ¿Ni siquiera cuando se trata de salvar a una damisela? —se lleva la mano derecha hacia su pecho, justo en el centro, simulando estar ofendido.

— No, aunque ahora resultes ser un príncipe azul —Carolane sonríe mientras él toma su mano izquierda, llevándosela hasta su boca para posteriormente besarla.

— No puedo creer que me enamoré de alguien que me compara con un príncipe azul. —Nóah eleva la comisura de sus labios.

— Yo no necesito que nadie venga a rescatarme —escupe molesta—, ¿Qué acabas de decir? —Lo escucho perfectamente, pero esa parte loca de sí misma necesita comprobar que no es otra alucinación momentánea.

— Puede que tú no, pero no sabes si alguno de ellos quizá lo necesite. —Como si no hubiese dicho nada fuera de lo cotidiano vuelve su mirada en el camino. Carolane simplemente me paraliza.

— No tenías por qué recitar eso... —y, como un disco de acetato rayado, repite una y otra vez dentro de su mente.

"Soy lista, guapa y fuerte; no necesito que nadie me rescate.
— Puede que tú no, pero no sabes si alguno de ellos quizá lo necesite"
[...]

— Sólo recordaba tu favorita. —Nóah la mira por el rabillo de su ojo derecho. ¿Cómo sabe eso?

— ¿A dónde vamos Nóah? —Carolane trata de enfocar sólo una de las varias de preguntas arremolinadas en su mente.

— Tienes preguntas ¿Cierto? —asiente con la cabeza

— Bien, vamos a resolverlas.

Todo se vuelve nuevamente en silencio total. Recorren alrededor de tres o cuatro millas hasta que llegan a una casa campirana al norte de la ciudad. Carolane mira por un rato desde la ventana del copiloto. La casa luce pequeña por fuera, con colores neutros y escondida entre grandes árboles que están a sus costados. Le parece conocida, familiar, y nuevamente un extraño, ajeno, onírico y surrealista destello de recuerdo salta a su mente.

Está allí, en el jardín trasero, con unas botas de lluvia que le aprietan demasiado, también está él; sabe que es Noah, pero su apariencia es diferente, infantil, y con un ligero toque de picardía en sus ojos. El joven Nóah se acerca a ella y le tiende una rosa en la mano, es blanca, aunque desea que sea roja, camina con lentitud hacia ella, más cerca, hasta que está contra la pared de la casa, bajo la ventana de la cocina; donde seguramente está su madre y puede mirarlos, pero les importa, ni siquiera a ella. La toma de la cintura, sus respiraciones se regularizan, van

en marcha, sin desentonar al igual que sus corazones. Entonces la besa, se besan; ella le quiere, pero aun así se aleja de él y le propina en golpe en el ojo.

Carolane sacude el recuerdo de su mente. Él tarda varios minutos en bajar y camina hacia el frente del 5P y da la vuelta para abrirle la puerta.

— No tenías que hacerlo. —riñe un poco avergonzada.

— Si tenía. —Nóah frunce el ceño — Te habrías quedado dentro si no lo hubiera hecho. —ríe, y Carolane sabe que tiene razón.

— ¿Qué hacemos aquí? —suena cautelosa, aún una parte de ella no confía en él, mientras que otra sólo quiere verlo.

— Te prometo que sólo hablaremos. —coloca su mano derecha sobre su pecho y levanta la otra— No volveré a besarte sin tú consentimiento. —hace con su mano derecha una cruz en el centro de su pecho— No después de como huiste la otra vez.

— Lo lamento. —El rostro de Carolane comienza a calentarse, y por la expresión que hace Nóah, sabe que se puso roja; aunque no tiene ni la menor idea si es de vergüenza; al recordar cómo fue su primer beso, o si es por enojo al no recordar nada después.

— ¿De dónde nos conocemos? —Comienza el interrogatorio dándole la espalda para ingresar a su casa.

Al entrar un golpe del pasado choca contra ella, como si fuese atropellada por un gigantesco autobús. El sitio es hermoso, campirano, y un poco sucio, pero exactamente igual a como su mente lo recuerda. Un gran ventanal los ilumina en la entrada, al frente de la puerta hay una enorme cocina con mármol por todos lados. Nóah le indica el camino hacia la sala, con señalamientos de brazos, pero sabe exactamente dónde está, a la derecha, con tres sofás color marfil a juego; con la mesa de cristal en el centro. Carolane se sienta en el sofá grande; los muebles de la casa son más modernos y elegantes que la fachada, sin ningún cambio a sus memorias. Incluso podría jurar que su habitación sigue igual. Él se sienta a su lado.

— No me corresponde a mi decirte de donde, pero yo tenía seis y tú tres años cuando llegaste, nos hicimos muy buenos amigos desde entonces y casi siempre estábamos juntos, nos separaron justo después de que cumpliste cuatro años, no estuviste mucho en ese lugar sólo unos seis meses, pero a pesar de estar separados nos veíamos seguido. Tus padres y los míos son buenos amigos, sé que tú no recuerdas nada y estoy dispuesto a esperar hasta que lo hagas, Carolane. —acaricia su mejilla con su mano izquierda y con la otra coloca un mechón de su rebelde cabello

detrás de la oreja—. Me fui de Winnipeg hace tres años, porqué no pude soportar más todas las cosas, sé que fue muy cobarde de mi parte, debí quedarme por ti y por Kate, claro, lo lamento. —concluye.

La mente de Carolane ha olvidado gran parte de su relato, y lo único que puede pensar es qué tiene que ver Kate en esto; ¿Por qué no le correspondía? ¿A quién si le correspondía? ¿Cómo pudo haberlo olvidado?

— Sabes que no sé de lo que me hablas. —dice mordiéndose la uña del dedo índice izquierdo—. Explícame de una manera más detallada, comenzando con ¿Qué paso? Y ¿Quién es Clark? —Cuando menciona su nombre él se sorprende, removiéndose en el sofá donde ambos están, ella al mismo tiempo siente frío recorriendo todo su cuerpo.

— Te llevare a casa. —Nóah se pone en pie y estira su brazo hacia ella, invitándola a levantarse y seguirlo. No puede hablar de él, revelaría cosas que le obligaron a irse una vez. Cuando estuvo a punto de contarle a todos lo que había ocurrido. Pero la ama, y piensa protegerla antes que denunciarla.

— Yo, no quiero irme todavía. —Carolane se excusa levantando un poco los hombros, mientras retira su brazo con su mano a forma de rechazo.

— En realidad, no me importa lo que quieras, Cariño. —su voz tiene otro tono, enojado. Entrecierra los ojos y la levanta del sofá por la fuerza, tomando su brazo derecho y dirigiéndola hacia la entrada.

— Pero...

— Nada. —interrumpe— Tienes que hablar con tus padres. Me harte de esto. —abre la puerta del copiloto y Carolane se sienta dentro.

Carolane cada vez entiende menos lo que les pasa a las personas a su alrededor, pero tiene miedo de decirles algo y las cosas se salgan aún más de control. Le teme a Nóah, lo acepta, y se riñe a sí misma por haberse subido a su coche, por permitirle traerla a su casa, por dejar que se confundiera aún más, y más que cualquier otra cosa; por permitirse que le guste.

Todo el camino a casa ambos se mantuvieron con la vista fija al exterior del auto, Carolane mirando por la ventanilla del copiloto, simplemente pendiente del camino, pero sin realmente ver hacia ningún lado, mientras Nóah al pendiente del neblinoso camino. Carolane no se da cuenta el momento en que llegan a su casa, pero se le hace más rápido que del instituto a la casa campirana. Aunque tampoco recuerda haberle dicho donde vive. Tal vez él dice la verdad y sus familias son, o eran amigas. Esta vez él no sale del 5P para abrirle la puerta, y ella no quiere que lo haga, claro, pero sabe que algo está mal, aún le teme. Sin embargo, algo

en él la hace sentir a salvo, la hace sentir como una víctima enamorada de su secuestrador. Con el síndrome de Estocolmo.

Nóah se estira frente a ella y desde dentro abre la puerta del copiloto.

— Baja —ordena.

Carolane sale del 5P y azota la puerta.

— Vengo por ti el lunes para llevarte al instituto. —Le escucha decir desde dentro, pero antes de que pueda dar la vuelta, Nóah pone el auto en marcha y se va.

Capítulo 10

En cuanto Carolane ingresa a su casa; la completa y absoluta iluminación es lo primero que la recibe, sorprendiéndola.

Todo ha oscurecido a fuera, sin embargo, la casa de sus padres tiene la peculiaridad de no usar energía para la iluminación, como si en la noche hubiese algo que asechase la casa, y ninguno de los dos quisiera verlo.

Carolane mira la hora en el reloj de metro que su padre compro hace muchos años, en la pared del hall, las 19:47 horas. Beth debe estar en su habitación y Ben en su estudio; con la nariz pegada a uno de esos gruesos y aburridos libros de contabilidad. En cambio, ambos están sentados en la sala hablando. Carolane se detiene un momento observando el extraño escenario frente a ella, mientras ellos la observan de igual manera extrañados. Cada uno con diferente expresión, con diferente distorsión de rostro.

Ben luce intrigado, y pasa sus ojos sobre ella una y otra vez, arriba y abajo; sus pobladas cejas se han juntado hasta formar solo una, como esa mujer mexicana de los años cincuenta; Frida Kahlo, y con la boca ligeramente torcida hacia la derecha; pensando en que habrá hecho esta vez su hija, cómo habrá perdido la ropa y deseando que nadie hubiese salido lastimado. En cambio, la expresión de Beth es muy diferente; sus ojos lucen saltones, como si las corneas se le fuesen a salir de las órbitas, su boca está ligeramente entre abierta en una pequeña O, y sus brazos están cruzados sobre su pecho; deseando con todo su ser que a quien haya matado Carolane, no sea alguien que pueda traer repercusiones a su familia. A la nueva familia destruida.

— ¿Por qué vienes vestida así? —Beth es la primera en hablar.

— Me olvide ponerme otra ropa antes de irme al instituto. —Realmente no les está mintiendo, sólo omite la parte en la que estaba al cien por ciento segura de que se había quitado el pijama y resulto ser que no. Pero la culpa por no decirles las cosas tal cual, inunda todo su cuerpo, y la hace temblar. Ben al escuchar su absurda, pero cierta realidad, forma una pequeña sonrisa en sus labios.

— ¿De quién es la sudadera, Carolane?, y ¿Quién te trajo? —Esta vez es Ben quien la interroga, tratando de imitar a Beth con su expresión. Pero sin un verdadero éxito intimidante. Carolane lo mira por un momento, su semblante es nervioso y cauteloso.

Carolane podría decirle lo de Nóah, él entendería y la ayudaría a esclarecer toda la neblina dentro de su mente. Pero lo descarta. Primero quiere que le digan todo lo que paso, su puno de vista, o su parte de la

historia, que contesten sus preguntas sin evasiones. Todo eso antes de contarles que ya ha hablado con alguien que la conoce desde hace tiempo, al parecer.

— De un amigo de Kate. —vuelve a mentir, aunque en realidad es parcialmente cierto ¿no? — Y él se ofreció a traerme. —dice nerviosa, esperando que le crean.

— Tal vez deberías ir a ducharte y luego hablaremos. —sugiere Beth; anhelando que su hija acepte, librarse del compromiso al que su marido la ha sometido con chantajes bajos y amenazas.

— Si no lo haces, Beatriz, te juro que mañana te mando los papeles de divorcio. —Aquellas palabras matutinas aún resuenan en su mente, en donde abunda aun la pena.

Sin esperar la respuesta de Carolane, Beth se levanta e intenta salir de la sala. Sin embargo, es Ben quien la retiene tomándola del brazo.

— Ya no lo puedes posponer más, Beth. —Ben niega con la cabeza mientras la jala haciéndola sentarse de nuevo en el sofá caoba.

Carolane lo piensa por un momento, pero decide no hacerle caso a la sugerencia de su madre. Las preguntas carcomen su mente, y ya no puede soportar unos minutos más, menos después de Nóah. Se sienta en el sofá individual y exhala sonoramente.

— Prefiero no hacerlo, mamá. Tengo demasiadas preguntas, y estoy cansada de esperar. —cruza los brazos frente a su pecho, igual que ella.

— ¡Bien! —Beth pronuncia bruscamente dándose por vencida—. ¿Quieres comenzar tú, Ben? —voltea a ver a su marido quien asiente sin sorpresa.

— ¿Qué quieres saber, Carolane? —mide cada palabra que sale de su boca.

Los nervios recorren cada milímetro de los tres cuerpos reunidos. A Carolane le han dado ganas de devolver el inexistente desayuno que no recuerda haber ingerido, una extraña sensación comienza a apoderarse de su estómago; como si fuese algo que hubiese estado esperando durante mucho tiempo y no sólo hace unas horas; como en realidad ha ocurrido.

Por otra parte, Ben siente un gran alivio al revelar aquel secreto que durante 10 años ha cargado en sus hombros. En cambio, Beth se siente derrotada, sustraída de su comodidad y vulnerable ante el daño que esto pueda causar.

— Todo lo que me han estado ocultando. —Carolane los mira de hito a hito. Ben sólo asiente.

— Empezaremos por el lugar de dónde llegaste a nosotros. —Ben, cansado del silencio, se remueve en su asiento.

— Ben, ¡no! —grita Beth; colocando una mano sobre el hombro de su marido, quien se librera de su mano de inmediato y sin delicadeza, dejándola caer al espacio del sofá que los separa.

— Basta, Beth, tiene que saberlo. —arremete Ben.

Carolane los observa intrigada, y nuevamente se siente confundida, excluida en su mínimo, pequeño y exclusivo mundo que los envuelve a ambos en una burbuja.

— No. Esa parte no es en lo absoluto necesario.

— Mamá, por favor. —Carolane ruega. Sin embargo, algo en su interior le anuncia lo que le espera. Las palabras de Nóah y su poco parecido con las dos personas frente a ella, que durante años alegaron ser sus padres biológicos.

Beth, nuevamente resignada, se separa de Ben, y se dirige al otro extremo del sofá, apretando sus labios; dejándolos en una fina línea. Entonces, Ben; colocando los codos sobre las rodillas, inclinándose hacia el frente; comienza con el relato:

— Tal vez no te hayas dado cuenta —titubea—, o quizá sólo lo has pensado en ocasiones, pero no eres nuestra hija biológica, Carolane. —Beth ahoga un grito y se lleva las manos a la cara, en un vago intento de cubrírsela—. Beth y yo te adoptamos cuando tenías cuatro años. —Carolane siente que quizá debería estar sorprendida, pero no se siente así, ya que desde hacía tiempo se había dado cuenta de aquel hecho—. Al igual que a Clark cuando tenía tres años, nunca...

— ¿Clark? —Carolane interrumpe, tratando de lucir ingenua ante lo que Ben dice.

— Si, no interrumpas Carolane. —Ben ordena y continua—. Desde hace muchos años nosotros quisimos una familia. Éramos jóvenes en aquel entonces, y se suponía que podíamos tenerla. Nos merecíamos tener una. Sin embargo, bueno... —Ben mira a su esposa de soslayo—. Hay cosas que no se pueden tener. Amigos de la comunidad nos informaron de este orfanato en el que estabas; por un problema de recursos lo iban a clausurar, y todos los niños dentro perderían lo poco que tenían. Y así surgió en nosotros una nueva esperanza, un nuevo deseo, y un camino amarillo por el cual andar. Nunca supimos quiénes eran sus padres, pero

no era algo que realmente nos importara, ustedes dos tampoco son hermanos sanguíneos. A ti te encontraron tras la tragedia que le ocurrió a tu familia. —desvía su mirada de los ojos de su hija, pues está mintiendo. Carolane se da cuenta de ello, pero ¿en qué?

— Tu madre y yo estábamos muy felices de tener dos niños en casa. Durante cuatro años éramos la familia perfecta del vecindario, de la comunidad y ante los de la congregación a la que asistíamos. Pero todo comenzó a cambiar seis meses después de que Clark cumpliera seis años, él dejó de dirigirnos la palabra a partir de ese momento, comenzó a estar más apegado a tu madre, por otro lado, claro, tú eras la independiente. —eleva las comisuras de sus labios y Carolane lo imita—. No quiero decir que mi hijo estaba loco, pero en el caso de que no fuera de esa manera, él lo aparentaba muy bien. Clark siempre destrozaba tus juguetes, tiempo después comenzó a traer animales a casa, sobre todo insectos, el problema era que estaban muertos, y los distribuía en tu cuarto, generalmente para asustarte, al menos eso pensaba yo. Es por eso por lo que le temes a las arañas, una vez lleno tu cama de tarántulas mientras tu dormías en ella. Beth y yo comenzamos a espantarnos cuando comenzaron a desaparecer las mascotas de los vecinos y aparecían en tu habitación. Intentamos todo, incluso, cuando el reverendo Wright se mudó a tres casas, lo llevamos todos los días para que le ayudara. Nada funcionó.

Esa otra parte de Carolane no recordaba así las cosas que Ben narra. Sabe que su memoria está dañada, pero en todo el relato hay una pieza que no termina de encajar en su totalidad.

— Lo sé. —Carolane habla únicamente para que Ben le dé continuidad a la historia, mientras su cabeza lucha por evocar el pasado, los hechos, su recuerdo.

— No me mires así. —Ben sentencia a su esposa, quien lo mira molesta ante su relato detallado—. Al principio creímos que actuaba de aquella manera, únicamente por rebeldía; al tratar de adaptarse a nosotros. Comenzamos a llevarlo a terapia, pero en realidad no mejoro. El día de su cumpleaños: 30 de octubre, en el '95, cumplió siete años, y él; como todos los años desde que lo teníamos, quería la temática de Halloween, así que ese año tu madre y yo los llevamos a la feria de la ciudad. La salida se organizó con los amigos que tenían desde el orfanato y los cuales ya habían sido, casi todos, adoptados también.

— ¿Quiénes? —Carolane cuestiona con intriga en los labios.

— Los mellizos: Kate Wright y Nóah Flitz de once años, y Brant Huts de ocho años. —habla con tal confianza como si todo aquello lo hubiese estudiado. Pero, claro que lo estudió, pues también tuvo la oportunidad de

adoptarlos a ellos.

— ¿Kate es adoptada? —Carolane suena sumamente sorprendida, aunque el hecho de que lo este no sea realmente la adopción de Kate, sino que ambas habían sido amigas.

— Eso no es de tu incumbencia, jovencita. —Beth le riñe a su hija con ojos amenazadores—. Continua, Ben. —suspiran al unísono.

— Se les ocurrió entrar a la casa del terror...—Ambos bajan la cabeza al recordar aquello—. Al parecer; sino recuerdo mal, se exponían seis historias de películas de terror, los cinco entraron solos. Fue muy irresponsable, lo sé. Pero en ese momento no lo vimos así. Tu madre y yo fuimos a preparar el lugar donde se partiría el pastel, estoy seguro de que no había pasado más de media hora cuando Brant llego de la mano con Kate, gritando que tú habías desaparecido, junto con Clark; y que Nóah los estaba buscando dentro de la casa del terror. Tu madre corrió a donde se encontraba el módulo de seguridad de la feria, y yo fui junto con Brant y Kate a la casa del terror. Mientras corríamos le grité a Brant: Que cómo era posible que tú desparecieras, si se suponía que él no te soltaría la mano. Estaba furioso y no medí que él sólo era un niño; un niño muy asustado. Él me respondió que tú le habías soltado y simplemente le creí. —agacha la cabeza y niega con esta—. Hice mal, ¿cierto? —La mira buscando una respuesta conciliatoria, negativa ante su pregunta.

— No lo sé papá, pero necesito que continúes. —Carolane lo alienta con una pequeña y tímida sonrisa.

— Justo en el momento en que llegamos, y antes de que pudiera entrar por ti; Nóah salió contigo en brazos, estabas inconsciente, y se notaban golpes en tu cuerpo. Te tome en mis brazos, lo único que me importaba es que estabas respirando. Mi cabeza se nubló en cuanto vi la sangre correr por tu cara, así que comencé a gritarle a Nóah; preguntándole qué te había hecho, pero él insistía en que te había hallado así. Entonces pensé en tu hermano, que él lo había hecho, pero era mi hijo, nosotros lo educamos, en el fondo te quería, así que lo descarté, y le volví a preguntar a Nóah; dónde estaba Clark. Esa pregunta que aún carcome, noche a noche, hora tras hora, mi mente. Recuerdo exactamente lo que él me contestó:

— No lo sé, nunca lo vi dentro, ella estaba sola en la segunda etapa del recorrido, tumbada en el suelo inconsciente. Y la saque. —Ben traga sonoramente saliva, y se relame los labios que se le han resecado ante su relato, las lágrimas contenidas y el nudo en la garganta que se le ha formado ante el recuerdo; tratan de impedir que continúe.

— Tu madre y los guardias llegaron, entraron a la casa, yo no podía pensar en otra cosa más que en ti y llame a una ambulancia para que

vinieran por ti, tu madre llamo a la policía. —Ben mira a Beth con reproche en los ojos.

— ¿Qué? —Ella levanta la voz aún con las lágrimas bañando su rostro—. No podía quedarme quieta y no hacerlo, necesitaba que todos buscaran a mi hijo. —solloza—. Tú en cambio te quedaste parado. —entrecierra los ojos.

— ¿Yo? —Esta vez es Ben quien grita—. Tú nunca me dejaste entrar a por él. —dirige la mirada hacia su hija, ignorando el sonoro llanto de su esposa.

— Pasaron dos horas, Carolane. No lo encontramos, se buscó en toda la feria. Nunca; hasta la fecha lo hemos encontrado. Tú despertaste dos semanas después en el hospital, no recordabas nada de lo que había pasado, tenías tus días buenos y tus días malos, tiempo después empezaste a actuar igual a Clark, decidimos llevarte con el mismo doctor que lo atendía.

— El doctor Payró. —puntualiza Carolane. Ben asiente con la cabeza.

— Si, el doctor Payró. Él dijo que tu amnesia era porque tu mente se protegía ante el evento del trauma que habías sufrido. De que aún continúas escondiéndote tras esa cortina de humo que nubla tus recuerdos. —suspira—. Cada vez, con los años comenzaste a actuar de manera extraña y nos atemorizabas, decidimos alejarte de todo aquello que te recordaba al evento y poco a poco olvidaste todo.

— Hasta hace unos días. —añade Beth agachando la cabeza.

— No entiendo. —Carolane ladea la cabeza. Pero si lo entiende. Su madre se refiere al momento en que Nóah apareció en la biblioteca. Fue entonces cuando ella, la joven dentro de su mente; la rebelde y extrovertida se desató.

— El día que escuchaste la conversación entre tu madre y yo, horas antes le habías apuntado a tu madre con un cuchillo de cocina, exigiendo que te llevara a ver a Nóah. —Entonces es Ben quien la mira, la estudia con detenimiento.

— Lo vi ese día, en la biblioteca. —Carolane trata de excusar su comportamiento, defendiéndose—. Pero no sabía quién era.

— Después nos entramos que había vuelto. Pero no recuerdas nada antes de volver a casa ese día ¿cierto?, así que creemos que esa fue la primera vez que te volviste a ir, después lo de estos días...

— Por eso queremos que veas al doctor, Carolane. —interrumpe Beth a su marido, levantándose de su asiento y tomando la mano izquierda de su hija entre las suyas.

Pero Carolane sabe que sus idas han ocurrido antes, mucho antes que eso. Con la llegada de alguien más.

La historia recorre cada rincón de la mente de Carolane, trata incluso de verla de la manera que su madre la ve. Pero por ningún lado puede entender su punto, no importa la perspectiva en la que vea todas las acciones de Clark hacia ella, y tampoco importa la edad que tenía. No puede entender como su madre hasta la fecha lo sigue defendiendo. El hecho de no recordar nada la hace sentir indefensa y sobre cualquier otra cosa desea recordar lo que ocurrió esa noche; lo que le pasó a ella, lo que le pasó a él, lo que nadie le quiere decir. Pues está segura de que todos han llegado también a esta conclusión, ya que cabe la posibilidad de que ella lo haya matado.

Capítulo 11

Después de la conversación con sus padres en la noche, no le apetece verlos, hablarles o siquiera pensar que están abajo; esperando, aguardando el momento en que puedan subirla al auto y llevarla, como aquella vez, al psiquiátrico, o en este caso a ver a ese doctor; el mismo que lo trató a él.

El inicio del fin de semana; no era al que Carolane estaba acostumbrada. Sin embargo, las fuertes ganas de quedarse esos dos días dentro de su habitación se habían apoderado de ella alrededor de las cuatro de la mañana; cuando el sonido de un papel siendo aplastado la despertó.

Una pequeña hoja de papel arrancada de una de sus libretas escolares se encuentra sobre el suelo a un lado de su cama. Carolane se levanta y lee lo que está escrito en el:

Muero de hambre. Tome dinero prestado del librero preferido de papá. El de tus ahorros. No le digas nada. Si tu no quieres comer; es tu asunto. ¡YO SÍ LO HARÉ!

Nuevamente reconoce la caligrafía. Es suya. ¿Cómo es eso posible? Respira profundo y vuelve a dormirse con el papel siendo apresado en su pálida, pequeña y gélida mano.

Todo ha perdido color. El golpe del frio en el exterior penetra sus huesos, se estremece. Camina con paso tambaleante, erróneo. No sabe hacia dónde va, pero sus pies se mueven hacia el sur. Las farolas iluminan su camino, como siempre desde hace un año.

Una extraña sensación la saca de su sueño irrecordable una vez que está despierta. Sus ojos no quieren abrirse, su mente se siente incapaz de procesar, pensar o analizar algo el día de hoy, pero los intensos rayos de luz que penetran por la ventana dan justo sobre su rostro. Dejándola ciega al momento que abre los ojos. Examina con detenimiento la habitación, la paranoia ha permanecido en ella durante toda la noche, a la espera de que él vuelva a aparecer dentro, y hoy no es la excepción. Sin embargo, lo único que salta a la vista son tres enormes libros justo en la orilla de la cama. Carolane se incorpora, procurando no moverse demasiado para que no se caigan y los toma entre sus brazos, llevándolos de vuelta a la calidad de las sábanas.

Examinándolos de cerca me se cuenta de lo que en realidad son.

Tres enormes álbumes fotográficos.

Tres libros realmente largos y pesados, la cubierta del primero es azul marino, esta tiene un grabado en el centro de la tapa, "Clark". Carolane lo abre y de dentro se resbala una tarjeta blanca y perfumada; un aroma muy familiar, dulce. La tarjeta está escrita a mano.

Sé que sigues molesta conmigo, pero quiero que veas todo lo que pasamos esos años juntos, y espero que estos recuerdos quiten un poco la niebla de tu mente.

Con amor; Mamá.

P.D. Hay comida en el refrigerador.

Así que ella me los ha dejado.

Carolane no se siente molesta con su madre, no sabe si debería estarlo, o no, pero no puede; aunque no la entienda, simplemente no puede estar molesta con ninguno de los dos. Su mente está un poco confundida porque Beth se empeña en defender a Clark pese a todo lo que le hizo, pero los comprende, después de una buena dosis de sueño, sabe porqué actúan así. Era su hijo y eso es lo único que importa.

Continúa viendo el álbum, todas las fotografías en este son de un niño pelirrojo y con pecas en toda su cara regordeta, tiene unos grandes ojos redondos y el color de su iris es dorado. Igual que el niño que vio aquella vez dentro de su habitación, aquel niño que únicamente le impulsaba a protegerle. Cuando sus ojos se posan en los suyos un gran escalofrío recorre todo su cuerpo haciéndole templar y deteniéndose en la nuca. Está sudando, sin embargo, se arropa aún más con las sabanas de la cama, buscando protección. No se permita apartar la mirada, todo lo que hay en su mente es dorado y un nombre.

NÓAH.

Carolane da un salto sobre su cama justo cuando alguien toca la puerta de la habitación, y esta se abre de golpe.

— ¿Te desperté? —Beth entra a la habitación de su hija con sólo un pans gris; el conjunto de la sudadera gris que su hija le robo hace varios años. Baja su mirada hasta el álbum abierto sobre el regazo de la joven—. ¡Oh! Veo que te adelantaste a mí, yo no esperaba realmente a que los abrieras antes de que llegara. Y ¿Qué te parecen? —se acerca a la cama y camina hacia ella, para sentarse a su lado.

Beth acaricia la fotografía que Carolane había estado viendo hace un momento. Extraña demasiado a su pequeño hijo. Sin embargo, hay algo que comprendió anoche, si Carolane sabe la verdad, quizá ahora pueda tener una hija, quizá ya no le tema como antes. Quizá pueda enseñarle lo

que ha descubierto de sus viejos amigos.

— Así que... él es Clark. —Carolane rompe el silencio entre ambas.

— Si, ¿No era un niño hermoso? —Los ojos de Beth brillan cuando regresa su mirada a la fotografía, y se le comienzan a llenar de lágrimas.

— ¿Por qué me estas mostrando esto, mamá? —interroga.

Beth limpia sus lágrimas con soplidos hacia sus ojos. La mira confundida, pues no esperaba que esa fuese su primera preguntara, creyó que lo sabría, o deduciría. Pero ahora comprende que tiene que ir lentamente si quiere sacar un poco de jugo del limón seco que ahora es su memoria.

— Yo... —Beth titubea—. tienes razón esto fue una muy mala idea, en estos momentos tu cabeza ha de estar confundida y bueno, si quieres, esto me lo llevo —se levanta. Está a punto de tomar los álbumes de la cama. Espera con ansias ser detenida, que su chantaje sirva con su hija al igual que servía con Clark, y que aun sirve con Ben.

— No. —Carolane la frena, y sabe que ha ganado—. No te vayas, mamá, ayúdame a recordar todo —le ruega con ojos de cachorro abandonado. Vuelve a sentarse a su lado, abrazándola y le sonríe. Ambas vuelven sus miradas hacia la fotografía, y observan de nuevo al niño pelirrojo regordete.

— Él en esta fotografía tenía nueve meses. —Beth continua su relato con añoranza.

— ¿No se supone que lo adoptaron a los tres años? —Carolane pregunta aún más confundida.

— Si, pero estuve al pendiente de él casi desde que llego, Carolane. Iba a verlo todos los días. —Beth toma el álbum en sus manos y lo cierra, tomando a continuación el álbum de color rosa, el cual también tiene una escritura en la tapa, pero en este se lee "Carolane".

Cuando lo abre, aparece la fotografía de una niña pequeña de alrededor de unos tres años, con cabello negro y destellos rojizos, ojos completamente redondos, con un color de iris azul y muy sonriente ante la cámara frente a ella.

— ¿Por qué no hay fotos mías de bebé?

— Porque a ti te vimos por primera vez cuando tenías tres años. —Beth lleva su dedo índice derecho a la boca y comienza a morderse la cutícula; es algo que ella hace cuando está nerviosa, teme de momento decirle toda la verdad. Espera que no le pregunte que es lo que ocurrió con sus

padres. Ben y ella estuvieron tratando de ponerse de acuerdo sobre que contarle, que decirle acerca de aquella tragedia. Porqué ellos la quisieron desde un principio, desde que la vieron sentada en aquella mesa; dibujando una y otra vez a tres personas: su mamá, su papá y una mujer con cabello de fuego. Sin embargo, jamás desearon que aquella desgracia ocurriera en su vida.

A Carolane no le agrada ver su álbum, ya que la mayoría de las fotografías no las recuerda, así que decide cerrarlo. Toma el de color blanco, que tiene en la tapa el grabado de "Familia" y lo abre, ignorando la expresión de confusión en su madre.

Las primeras fotografías en este son de la boda de sus padres. Sus primeros años en Toulouse, Francia. Su luna de miel, y el romance juvenil que vivieron hace más de treinta años.

Ya había visto estas fotografías antes en la casa, sus padres más jóvenes y sonrientes frente a la fachada de una iglesia colonial. Aunque no era la iglesia a la que ellos iban en Winnipeg, siempre estuvo casi al cien por ciento segura de que se habían casado en otro lugar e incluso a veces fantaseaba que había sido en otro país, y lo fue. Pero ninguno de los dos quiso hablarle de eso cuando preguntaba. Beth tenía alrededor de unos dieciocho o veinte años y Ben unos veinticinco.

Carolane eleva la vista y mira a su madre; tallando, con el dorso de su brazo, sus ojos para secar las lágrimas que se deslizan de ellos y ruedan por sus rozadas mejillas. No comprende el porqué de su reacción, entiende que las mujeres lloran en sus bodas, o incluso en las bodas de amigas, o familiares muy cercanos, pero ¿llorar al ver la fotografía de tú boda, la cual fue hace veinte años?, eso es algo raro ¿no? Entonces lo recuerda. Ben le pidió el divorcio la madrugada que los escuchó discutiendo, y siente una oleada de culpabilidad recorrer todo su cuerpo, fue su culpa que tuvieran esa discusión, y por lo tanto es su culpa el hecho de que Ben quisiera el divorcio ¿cierto?

Continúa pasando las páginas del álbum, todas de ellos cuatro, de los familiares a los que no ve. Hasta que al final de este hay un par de fotografías de cinco niños muy sonrientes hacia quien les toma las fotografías, excepto uno. Todos los niños están disfrazados.

— ¿Halloween? —Beth asiente con la cabeza y luego dice:

— Si, Halloween... —Su tono tiene cierta nostalgia y sus ojos comienzan a llenarse de nuevo con incontenibles lágrimas—. En el '95.

Carolane se reconoce de inmediato en la fotografía, con un lindo y muy parecido disfraz de Minnie Mouse, pero no puede identificar quien está tomado de su mano. Beth ve su vago intento de reconocer a los otros

niños y sonríe.

— Este niño que está tomado de tu mano— dice, señalando a un niño de cabello castaño y una sonrisa totalmente reluciente—, y disfrazado de Mickey; es Brant. —continua su presentación y señala a cada uno de los restantes con su delgado dedo índice—. Esta niña disfrazada de Daisy; es Kate. —¿Entonces lo referente a Kate es cierto?

Beth continúa: — Y el que está tomado de su mano y disfrazado de Donald; es Nóah. —Cuando dice su nombre la joven se estremece. Pone toda su atención en sus ojos, algo extraño le hiela la piel. El color de su iris no encaja en lo absoluto con los ojos que había visto y en los cuales más de una vez se había perdido. Los ojos del niño de la fotografía no son como los de Nóah. El niño de la fotografía tiene el color de su iris azul, de un hermoso y pacifico azul. Pero el color del iris de los ojos de el "Nóah", que ella había visto en los últimos días; son avellana. Esos ojos pardo avellana no tienen nada que ver con aquel niño.

— ¿Está todo bien, Carolane? —Beth se percata del repentino y extraño silencio que su hija ha dejado correr entre ellas. La toca del brazo con delicadeza y la saca de su ensimismamiento—. Estas temblando.

Carolane no se había dado cuenta lo rápido que su piel perdió calor, y el momento en que su cuerpo comenzó a temblar como castañuelas españolas.

— Mamá. Yo... s-sí, estoy b-bien. —tartamudea ante el frio y el nervio que recorren su cuerpo—. Es sólo que cuando vi a Nóah en la biblioteca, sus ojos no eran azul, sino un herm... dijo... color avellana. —confiesa, observando atentamente a Beth para captar su expresión, pero no hay tal; sólo entrecierra los ojos y los mueve como procesando lo que le ha dicho.

— ¿Estás segura?

— Si, mamá.

— Cuando lo vuelvas a ver... me dirás ¿Cierto? —Beth entrecierra aún más los ojos. Pero sabe que aquello no pasará. Como cuando llego Brant.

— Si, mamá, lo haré. —Carolane aparta sus ojos, sabe que se ve culpable, así que trata de desviar la conversación que le hace sentir aún más culpable que antes—. ¿Quién es este otro niño? —interroga señalando a un niño con un disfraz de verdugo, pero de inmediato se arrepiente de haber preguntado, cuando su vista llega hasta sus ojos. Esos ojos dorados le revelan quién es.

— Es Clark. Nunca quiso vestirse de otra cosa que no fuera algo que realmente asustara a los demás. —Beth se levanta de repente de la cama, dejando un gran vacío y permitiendo el paso del aire frío del lado en el que se encontraba. Haciendo temblar a Carolane, y rogar por su regreso. Pero Beth tiene otros planes, necesita dejarla sola; que procese lo que ha pasado y trate, aunque se rompa la cabeza, y de ella salga humo por el constante esfuerzo por recordar que pasó. Por recordar que hizo.

— ¿Mamá?

— Te dejare sola, necesitas descansar y procesar todo. —dice; dándose vuelta hacia la puerta de la habitación. Sin embargo, Carolane no puede permitir que se vaya, no sin antes quitarse la duda que, durante toda la noche, carcomió sus pensamientos.

— ¿Qué ocurrió con mis padres biológicos? —Beth se detiene de golpe, y se mantiene de espaldas hacia Carolane durante un largo rato. Ha hecho la pregunta que tanto teme.

Carolane ve el cuerpo de su madre ponerse tenso. Beth se gira y agacha la mirada preparándose para hablar, ideando la manera de mentir convincentemente sobre ese tema.

— No lo sé. —miente.

— Sé que papá y tú lo saben. Dime. —ordena con voz queda.

Los hombros de Beth caen en definición de derrota y desvía la mirada hacia la ventana que está a un lado de la mesa de estudio blanca; que compro para ambos cuando comenzaron a estudiar en el Kínder Garden.

— No nos sabemos los grandes detalles lo que ocurrió con ellos... con ustedes, Carolane.

— ¿Qué es lo que sabes?

— Tú llegaste cuando tenías tres años, no sabemos que ocurrió, pero ese día que entraron a tu casa; gracias a una llamada anónima de que una niña no dejaba de llorar, los oficiales encontraron a tus padres muertos en tu habitación y a ti cubierta de sangre, llorando. Tus padres tenían, al parecer, sólo dos días de haber fallecido. Fue un milagro que tu estuvieras absolutamente bien. La teoría fue que alguien conocido había entrado y tus padres te defendieron con su vida. —cierra los ojos y pasa su mano por debajo de ellos—. No sé nada más, por favor, ya no me preguntes.

— Y, ¿qué paso con los de Clark? —Carolane insiste.

— Lo abandonaron en un basurero cuando tenía tres meses, yo lo conocí a los nueve meses. Era la alegría de todo el orfanato. —dice, dándose la vuelta hacia la puerta de la habitación y saliendo de ella, sin decir nada más.

Capítulo 12

El frio de la nieve quema sus pies, corre más a prisa, con desesperación. Tiene miedo de que sea demasiado tarde, que ya no pueda verlo ni una vez más, porque lo necesita. Ha salido de repente de la casa, sin tomar por lo menos un abrigo, o colocarse aquellas botas de nieve rojas que tanto le gustan.

La nieve continúa quemando la planta de sus pies.

Los recuerdos del pasado impregnan su mente. Imágenes mezcladas, difusas y distorsionadas nuevamente aparecen en su visión.

El pequeño Clark la mira sonriente. Sus ojos destellan al abrir la puerta y recibirla. Tal como los ojos de su madre.

Carolane ingresa a un angosto y largo pasillo comunicador, y camina sin apartar la vista a su hermano. Sin embargo, en cuestión de un sólo y simple parpadeo; la imagen de Clark cambia, pues ya no es el pequeño niño risueño y con rizos pelirrojos; con toques zanahoria en cada tanto mechón de cabello. En cambio, es un joven mayor con abundantes pecas en su rostro, el cabello largo en secos y opacos caireles que le llegan a la altura de los hombros, y un pequeño; semi consumido cigarrillo; es presumido orgulloso entre sus labios. El joven delgado y con ropa desgastada avanza hacia ella; estrujándola a continuación en un largo, fuerte y muy prolongado abrazo. Hay un fuerte olor a tabaco en el ambiente y ahora en el pijama de Carolane. ¿Por qué ha ido a verle en pijama?

Mira y contempla todo a su alrededor. Lo conoce. Ha estado antes en aquel frío y sólido lugar; un apartamento a sólo pocas casas de dónde ellos viven con sus padres. Se detiene internamente al recordar que Clark ya no lo hace. Clark ya no vive.

Avanza con pasos torpes y tambaleantes, como aquella vez cuando eran pequeños e improvisaron un barco con unas maderas viejas que su padre saco de casa, y jugaron durante aquella incesante lluvia que dejo estragos en Winnipeg con la repentina y problemática inundación, y en Carolane y Clark; una terrible gripe. Provocando, posteriormente, la regla de su madre con respecto a las duchas matutinas. Ahora lo recuerda; era él a su lado recibiendo aquella letanía de su madre.

Pero en aquellas épocas ambos eran felices; hasta que los otros llegaron.

— ¿Dónde estabas? —interroga detenidamente a Clark mayor junto a ella;

con un nuevo cigarrillo en su boca a punto de ser encendido.

Mientras tanto, ingresan al apartamento topándose de frente con la barra desayunador de la cocina. En el rostro de Carolane comienza a dibujarse una pequeña sonrisa.

— Lo sé, a mamá le disgustaría demasiado el diseño del apartamento. —Clark es quien expresa el recuerdo que Carolane ha evocado al ver aquello.

— Al igual que a la abuela. —ambos ríen.

— La abuela Carolane. —Carolane observa el rostro lleno de tristeza, añoranza y melancolía de su hermano al hablar de la familia—. De pequeño quería arrancarme los tímpanos cada vez que escuchaba su falso y ridículo asentó francés. —Clark confiesa, dando la última calada al cigarrillo ahora aplastado en el pequeño cenicero plateado sobre la barra.

Su hermana niega divertida con la cabeza.

— Exagerado.

— Es verdad. Te lo juro. —coloca la mano en su frente. Igual que aquel juego en el que solían ser extraterrestres, y para hablar: únicamente utilizaban las manos.

Carolane sabe que él jura honestamente. Aunque ya no recuerda con exactitud el juego, que decir o cómo actuar.

Pero Clark ya se ha dado cuenta de ello.

— Te creo.

— ¿Sabes que mamá me puso el nombre del abuelo?

— No lo conocí. —Carolane baja la cabeza recordando la poca, prácticamente escasa convivencia que tiene con la familia de su madre desde que cumplió diez años.

— Yo tampoco, pero mamá me lo contó. —Carolane quiere decirle que tampoco habla con su mamá desde que él se fue. Pero prefiere callarse.

— ¿Dónde estabas? —Nuevamente, la pregunta sale de su boca, y todo a su alrededor comienza a repetirse.

Una vez más están en la entrada del apartamento, el continua con su cigarrillo en la boca, a su izquierda está la barra desayunador y su mente vuelve a evocar a su madre, Clark hace el mismo comentario, y toda la

conversación de sus abuelos es reproducida nuevamente.

— ¿Dónde estabas? —Esta vez nada se repite, ambos se quedan estáticos mirándose uno al otro, sin pronunciar ninguna palabra más. Clark no le responde, únicamente le sonríe como la primera vez.

Todo el sitio comienza a oscurecerse, quedando justo en el medio y con la única iluminación: Clark, quien ha dejado de sonreír, colocando un rostro serio e impasible ante su presencia, ante lo ocurrido a su alrededor; como si el sitio únicamente estuviese en la imaginación de Carolane.

— ¿Dónde estabas? —Su voz produce eco, un constante, penetrante y molesto eco.

— No confíes en nadie. —Clark desaparece justo después de advertir a su hermana.

La sensación de vacío la hace abrir los ojos. La luz artificial ilumina el sitio. No tiene idea dónde está, qué ha pasado. Se levanta de la pequeña cama; decorada con un edredón azul rey con dibujos al óleo de aviones y cohetes, y adornado con polvo acumulado durante años. Camina con temor hacia la pequeña mesa de madera oscura frente a ella, y reconoce al chico de las fotografías exhibidas allí. Es Clark. Está en la habitación contigua a la suya, reconoce la puerta. La misma puerta que, desde que recuerda, ha permanecido durante muchos años bajo llave.

Es la habitación de Clark, pero ¿cómo entró?

Extrañada, Carolane mira la hora en el pequeño celular que su padre le ha dado; un Motorola negro con franjas plateadas a los costados y una amplia pantalla a color, que marca las 3:40 horas de la mañana.

Carolane se queda helada, en shock ante el resto de la información que la colorida pantalla de su celular le muestra; son las 3:42 horas de la mañana del lunes. ¿Qué ha hecho en más de veinticuatro horas?

Capítulo 13

Generalmente los lunes por la mañana no le cuesta tanto trabajo levantarse como a la mayoría de las personas. Pues, con falta de amistades, con un mundo literario a su disposición, y con la increíble habilidad de caer rendida como marmota en cuanto su cuerpo toca la cama; no había problema alguno a la mañana siguiente. Sin embargo, hoy era la excepción a la regla.

Carolane se ha levantado sin ánimos, patosa e increíblemente cansada después de gritar durante horas para ser sacada de la habitación de Clark, que aún continuaba bajo llave. Su cuerpo, una vez más, vuelve a pesar muscularmente, está rígido y adolorido de las piernas.

Talla sus ojos, y atisbos de recuerdo cruzan por su mente; imágenes borrosas, difusas, distorsionadas, voces lejanas, aromas intrigantes, caricias anhelantes. El frio de la nieve bajo los pies. Abre los ojos y se examina, no quiere llevarse otra sorpresa, no quiere descubrir que ha peleado nuevamente con alguien de la voz de Ben, su padre. Pero esta vez no hay hematomas en ella, ni olores extraños en su cabello, únicamente quemaduras en los pies por el frio de la nieve. La nieve de sus recuerdos. Pero ¿qué hizo a fuera? ¿Por qué salió?

Carolane sacude las dudas sin respuesta posible dentro de su cabeza. Se levanta de la cama y camina hacia el baño, a la ducha. Bajo el agua que le borrara todo.

Al salir de casa, ve a Nóah sentado en una motocicleta RS 125, tal como se lo advirtió el viernes. Carolane se detiene en el pórtico y lo examina. El cabello de Nóah está totalmente hecho un nido de pájaros, sus rizos rubios; seguramente no han pasado por un cepillo desde hace varios días.

Nóah lleva una cazadora beige, y unos elegantes pantalones negros que le han costado dos días encontrar en la tienda más cara de la ciudad, todo por impresionarla. No de la buena manera, porque ella no se impresiona si eres el mejor vestido, la conoce, ella se impresiona si haces el ridículo.

Carolane baja lentamente la mirada hasta sus zapatos, y se sorprende; lleva unas botas militares negras, cubriendo su pantalón hasta las pantorrillas. Quizá no sepa nada de moda, pero está muy segura de que su madre jamás le habrá dicho que eso luce bien. Porque no luce así. Parece que un vagabundo ciego, disléxico, sordo, y dormido le escogió el atuendo.

Carolane sonríe.

Camina hacia él con paso lento, aún no sabe muy bien lo que hace, pero sencillamente él le provoca a hacer lo que no debería. En teoría, claro. Jamás se arrojaría desde un tercer, ni primer piso, aunque fuesen dos centímetros de distancia, sólo porque él se lo pidiese, no es tan ilusa o manipulable; por lo menos eso cree.

— Creo que tú sentido de la moda esta por los suelos. —Carolane habla en cuanto está frente a él, señalando con su dedo índice el conjunto de Nóah.

— Tal vez, pero hoy me vestí para la ocasión. —Le obsequia un guiño con su ojo izquierdo.

— ¿Qué ocasión será esa?

— Ya lo veras Saltamontes.

— ¿Por qué la motocicleta? —Carolane trata de ignorar su estúpido chiste—. ¿Dónde está tu auto?

— Se lo preste a un amigo. —Nóah contesta con indiferencia, su mejor arma para crearle intriga.

— ¿Tienes amigos aquí? —La voz de Carolane se escucha peor de lo que en realidad pretendía, pues no está tan sorprendida por ese hecho; es algo normal, ¿no?

— Cariño, me fui hace tres años, no soy nuevo en el pueblo, tengo amigos. —responde arrogante, sacándola de su ensimismamiento. Su voz posee cierto tono de irritación por el tema. Hace temblar ligeramente a Carolane.

— Si, perdón. —Carolane cree que debería salir corriendo, pero no es su estilo ser una niña campirana temerosa de la civilización. Esa chica fuerte y temeraria dentro de ella, sale a la luz cuando la necesita. Pero ahora no es el momento, sólo aguarda entre los matorrales de su mente.

— Cierra la boca, no eres buena ofreciendo disculpas.

— ¿De dónde sacaste la motocicleta?

— Me la gane. —Nóah mueve rápidamente las cejas; arriba y abajo. Hace sonrojar a Carolane.

— ¡Oh! ¿En una rifa?

— No.

— ¿Entonces? —Tal vez parezca demasiado curiosa, y lo es, así que ¿para qué disimularlo más?

— Apuestas. —La intensa mirada de Nóah la evalúa de una manera; para Carolane, tenebrosa; que le hace perderse de nuevo en sus ojos avellana, y eso provoca evocar la imagen de aquel niño de ojos azules, el que se supone era él de pequeño. Pero no luce igual. ¿Ante quién está de pie?

Sin embargo, Nóah sólo quiere obsérvala una vez más, por todos esos años que se perdió de ella, los momentos, sus crecimientos, tonterías, inmadurez, todo.

— Tú, ¿apuestas? —Una sonora carcajada sale de la boca del rubio. Carolane retrocede lentamente asusta.

— Súbete ya. —ordena, tomándola del brazo antes de que pueda alejarse más de él—. O llegaremos tarde. —coloca un casco en las pequeñas manos de la chica.

Carolane se queda mirando al casco sobre sus manos por unos minutos; es rosa con unas largas y delgadas franjas negras en su contorno. ¿Por qué él tiene un casco rosa? ¿Hace cuánto tiempo lleva planeando esto? ¿A dónde la llevará? ¿Qué le hará? ¿Por qué está tan nerviosa frente a él?

El sonido de las alas de un ave al volar la sobresalta nuevamente, sacándola de su vaivén de preguntas histéricas. Debe dejar de ser tan temerosa, y estar nerviosa, ante todo. Pero internamente continua sin fiarse de él.

Carolane baja la mirada a su conjunto; agradeciendo el no haberse puesto un vestido, y revisar dos veces antes de salir que no iba nuevamente con el pijama puesto; no sólo ante el espejo del baño, sino al presentarse ante su madre con el atuendo elegido; jeans oscuros, botas acolchonadas hasta las rodillas, una blusa térmica de cuello de tortuga y una cazadora negra.

Al momento en que piensa en su madre, le llega una fuerte oleada de culpabilidad por el hecho de no decirle que hoy vendría Nóah por ella. Está consciente que es una tontería ocultarle ese tipo de información a su madre; pues si le llegase a pasar algo estando fuera de casa, ella debe saber con quién estaba en ese momento, pero aún tiene que averiguar esto por su cuenta, o al menos esa es la excusa que se ha inventado por sus acciones.

— No te vayas a burlar de mí. —le advierte, al mismo tiempo que aprisiona su labio inferior entre sus dientes—. Nunca me he subido en una motocicleta.

Él no se ríe, la mira fijamente y comienza a hablar:

— No es nada complicado; sólo te subes en la parte trasera, me abrazas con todas tus fuerzas y por ningún motivo te despegues. —eleva las comisuras de sus labios—. Del resto me encargo yo.

— Creo que puedo hacer eso. —Carolane coloca su cabello en una coleta de caballo. Desde hace tiempo tiene una insistente manía por siempre llevar una goma para sujetarse el cabello, y colocarlo en una coleta. Se pone el casco—. Lo de no soltarme. —reitera al ver la cara de picardía que ha puesto Nóah.

— ¿Estás coqueteando conmigo? —Nóah se acerca a ella con delicadeza y abrocha la correa del casco; inclinándose más acerca, y rozando sus labios en la nariz con forma de bola de Carolane. ¿Coqueteando con él? ¿De qué está hablando?

Carolane repite la escena en su mente y entonces ve a lo que Nóah se refiere. Levanta una pared frente a la chica, en su recuerdo mental; que es ella misma, y choca su cabeza varias veces en la pared. Claro que estaba coqueteado con él. No entiende el porqué lo hizo, pero ya estaba hecho.

Siente su rostro calentarse y, procurando que él no la vea ruborizada, se sube rápidamente a la parte trasera de la motocicleta, sujetándolo por la cintura.

Nóah pone la motocicleta en marcha, ha logrado su cometido, y tras el jalón de esta al moverse; que provoca en Carolane un fuerte deseo por devolver los huevos fritos del desayuno, se alejan a gran velocidad de la casa.

Carolane siente la velocidad aumentar tras el fuerte rose del aire gélido sobre su rostro, se sujeta con más fuerza a él, apretando los ojos, pues sí no se tranquiliza, su linda y extraña chaqueta terminará con mi vomito de decoración. Trata de pensar en otra cosa, pero la voz en su mente grita demasiado fuerte. «¿Qué estás haciendo con él?»

Sabe claramente que esa molesta voz tiene razón, pero gran parte de ella quiere completar todas las piezas del puzle que desde siempre ha sido su pasado. Porque las personas únicamente la miran con lástima al saber que no puede recordar la mayoría de su niñez, y nunca tratan de ponerse en su lugar, nunca tratan de entender lo malo que es ver a alguien y no reconocerlo, escuchar a dos personas hablar de eventos en los que ella

estaba, pero de los cuales se ha olvidado por completo. Sin embargo, desde la llegada de Nóah a su vida —ese día en la biblioteca—, la esperanza de recupéralo todo volvió a crecer en ella.

Cuando Carolane abre nuevamente los ojos, una extraña sensación de vértigo se desliza por todo su cuerpo, haciéndola percatarse que los arboles ya no se ven como una gran variedad forestal, sino que todo se ve como una borrosa línea única de árboles.

Van demasiado rápido por un sitio que no conoce, con alguien que le da miedo y en un vehículo del cual no se fía en lo absoluto. El miedo no la deja apartar su cuerpo del de Nóah, teme caer de la motocicleta, su respiración comienza a volverse acompasada. Y grita:

— Para. Para. Nóah, ya basta. Detente ahora mismo. —Su garganta arde por el aire frío que ha entrado en ella. Se sujeta a él con la mano derecha y lo golpea en la espalda con la izquierda hasta que se detiene. Pisa el freno y derrapan justo en medio del camino.

Carolane se levanta del suelo, sin revisar sus pantalones rasgados por el pavimento, y corre lo más rápido que puede hacía el bosque a su alrededor. Quiere con todo su corazón alejarse lo más posible y rápido de él. Está loco, es un hecho. Y no sólo loco; es un demente suicida.

Escucha el ruido de algo pesado ser arrastrado por el pavimento, y posteriormente sus pesadas pisadas correr tras ella.

Tiene miedo, como aquella vez. Algo dentro de ella sabe que debe corre, lejos, rápido.

— Espera... —Nóah le ordena, agarrando su brazo con demasiada fuerza para detenerla de un sólo tirón—. ¿Estás demente? No vuelvas a salir así —hace una pausa—, huyendo de mí.

— ¿Yo demente? ¿Tú eres el maldito demente suicida? ¿Qué te ocurre? ¡Pudiste matarnos! —Carolane está temblando y su voz la delata.

— Tú lo gritabas, Carolane. Me gritaste varias veces que fuera más rápido. —Nóah suelta el brazo de Carolane de su fuerte agarre, y deja en este la marca roja de su mano.

¿Ella se lo pidió? En lo absoluto no. Su objetivo jamás ha sido morir de esa forma, o de cualquier otra.

— ¿Por qué me hiciste caso? —responde, mirando alrededor, y dándose cuenta de que en ningún momento se percato cuando salieron de su parte de la ciudad y entraron a esta otra parte de la ciudad. ¿Cuánto tiempo ha

pasado con él?

— No lo sé, pero ten por seguro que no lo volveré a hacer. —Nóah escupe molesto. Se siente intrigado y decepcionado de que todo lo que sus padres y Kate le han contado es verdad. Por otro lado, Carolane no entiende absolutamente nada de lo que está pasando, pero esta situación ya lo está hartando.

— ¿Por qué estamos en esta parte Nóah?

— Necesitamos hablar. —Nóah la conduce aún más al interior del bosque.

— Pensé que me llevarías al instituto. —Carolane trata de ocultar el miedo que se acumula de nuevo en su interior, revolviéndole aún más el estómago y luchando contra las ganas de sacar el poco desayuno que tiene dentro.

Comienza a recordar todas las películas y noticias donde relatan como matan y descuartizan a varias chicas al interior de los bosques; ya que nadie está cerca y es más fácil para los asesinos. Aunque su víctima corriera, o gritara —realmente, en este lugar— nadie te escucharía pedir ayuda, y tienes poca suerte de que posteriormente te encuentren.

— Lo haré, sólo necesito unas horas, lo prometo. Y Kate hizo algunos arreglos con su novio para que compañeros tuyos te lleven los apuntes a la biblioteca. Relájate. —Nóah guiña nuevamente hacia ella—. Lo tengo cubierto. —su promesa no tranquiliza todos sus miedos, y él se da cuenta de ello—. No tienes miedo de mi ¿cierto? —aquella simple idea lo entristece.

— ¿Tú no tienes clases en Red River? —Carolane desvía la atención de lo que él, prácticamente, afirma.

— Acabo de regresar de New York, así que aún no estoy estudiando, sólo estuve ese día para presentar mis papeles.

— ¿Por qué huiste de mi entonces? —Cada vez lo entiende menos.

— Cuando llegue mis padres se comunicaron con los tuyos, querían hacer algo especial por mi regreso, pero tus padres se negaron a ir y les pidieron de favor que me alejara de ti. La desgracia es que no puedo, Carolane.

— ¿Qué me quieres decir Nóah?

— ¿Hablaste con tus padres? —Ambos comienzan sus intensivos

interrogatorios

— Sí.

— ¿Me recuerdas al fin? —Nóah clava su mirada en la de ella, y la hace sentir un increíble deseo de correr lejos de él.

— Si —miente.

Pero él no es tonto. Si en verdad lo hubiese hecho; en este momento lo estaría golpeando y gritando por haberse quedado callado tanto tiempo, porqué permitió que ella le hiciera esto a Clark.

— No te creo, cariño. —dice Nóah.

Carolane está nerviosa, no deja de mirar sus ojos avellana. Y por un breve instante la idea de que el chico frente a ella no sea quien dice ser; Nóah, vuelve a ella.

— Mi mamá me enseño unas fotografías de cuando éramos niños. —suelta. Aún más temerosa, pues si su idea es correcta; y él no es quien dice ser, ella podría terminar como todas esas chicas en los noticieros; muerta.

— ¿Y? —su voz suena prepotente.

— Tus ojos son diferentes... —Carolane se aleja a paso lento de él mientras; con la mirada, busca la salida hacia la carretera. No sabe absolutamente nada de pelear, pero corre bastante bien en las clases del coach, así que esa es su mejor defensa.

— ¿Qué quieres decir con eso? —Nóah avanza con intriga y confusión hacia ella.

— De niño tu iris era de color azul, pero ahora son avellana ¿Cómo es posible?

— ¿De qué demonios estás hablando? —exige. La última vez que se echó un vistazo en el espejo, sus ojos seguían del mismo color de siempre, de todos estos años, de los años que la conoció—. ¿Es una maldita broma? —grita. La rareza de Carolane lo está sacando de sus casillas.

— ¿Qué? N-no. —Carolane titubea, él de verdad le da miedo.

— Dejémonos de tonterías, Carolane.

— ¿Qué recuerdas de esa noche? —Carolane ataca con otra pregunta diferente, teme que, si continúa acusándolo con el tema de los ojos, él

explotara y la lastimara.

— No quiero recordar eso... y tampoco creo que pueda ser de mucha ayuda.

— Bien, entonces ¿Clark?

— No tengo nada que decirte de él. —cruza los brazos frente a su pecho. Esto no era lo que él tenía planeado, debían ir a pocos kilómetros de la frontera con La Salle, por el río.

— ¿Tú... le hiciste algo? —Carolane tiembla ante la idea.

— Por supuesto que no ¿Ese concepto tienes de mí?

— No, sólo estoy confundida.

El silencio invade la conversación entre ambos, la tensión es demasiado pesada, tanto que si alguno de los dos se dispone a estirar la mano; puede tocarla sin problema.

Nóah decide ser él quien maneje la conversación, y enfocarla hacia el punto clave de su encuentro. Sonríe macabramente.

— ¿No me vas a preguntar nada de nosotros? —Carolane traga saliva. ‹‹ ¿Nosotros? ››

— ¿Tú y yo tuvimos... algo? —La sonora carcajada de Nóah resuena en todos los árboles, provocando que el cuerpo de Carolane se estremezca.

Pero aquello no es la intención de Nóah; la pregunta le ha dolido más de lo que debería.

— Días antes de esa noche, me animé a besarte... —hace una pausa en el relato, mirándola fijamente—, te asustaste y enojaste conmigo, no te volví a ver hasta ese día por la mañana.

— ¿Qué paso después? —Carolane tiene la esperanza de que Nóah continúe el relato hasta esa noche, pero él se mantiene en silencio un rato.

— Me dijiste que tenías mejores planes como para perder tu tiempo conmigo.

— No lo recuerdo.

— Eso ya lo veo, pero por lo menos me hiciste un gran favor desde ese momento. —alega poniéndose más cerca de ella, tomándola de la cintura;

entre sus brazos.

— ¿Cuál? —Carolane traga saliva sonoramente. Comienza a sudar, pese al frío que cala sus huesos.

— Tener expectativas más altas, y ser más exigente. Las chicas feas en verdad rechazan. —Nóah eleva las comisuras de sus labios; orgulloso por herirla. Sin embargo, Carolane trata de no ofenderse. Y no le es demasiado difícil; no tiene baja autoestima, pero tampoco es demasiado vanidosa.

— No me vas a decir nada más ¿Cierto? —grita molesta. Su voz suena incluso más molesta de lo que en realidad esta.

— No has hecho las preguntas correctas. —Nóah le susurra en el oído.

— ¿Qué tal si pruebas con cortarme toda tu versión de la historia? —Carolane insiste, dando un jadeo al final de la frase.

— No quiero recordar ciertas partes. —argumenta, pues sabe claramente que es lo que quiere olvidar, lo que no se atreve a decirle a nadie, ni siquiera a ella misma.

— Puedes omitirlas.

— No en mi mente.

— ¿Así qué, no me dirás nada más?

— Lo iras descubriendo poco a poco. —Nóah sonríe melancólico. Roza sus labios en las comisuras de ella y se aleja. Se lo ha prometido, no la besará sin su consentimiento.

— ¿Por qué me trajiste hasta aquí entonces?

— Pensé que ya tendrías la mitad de la historia resuelta. Que me recordarías. —Nóah se da la vuelta dejándola sólo con la visión de su espalda.

— ¿Es muy importante que te recuerde? —Carolane frunce el ceño, y ladea la cabeza.

— No, sólo es vanidad. Vámonos, te llevare a donde quieras.

— Espera. —Carolane grita—. ¿Qué te parece ir a cenar esta noche a la casa, a mis papás les gustaría verte? —miente. Tiene algo en mente, aunque no sabe aún como lo resolverá con sus padres, pero así matará la

duda de si él es, o no; Nóah.

— ¿Esto es por lo del color de mi iris? —Nóah resuelve. La conoce, y también sabe perfectamente que sus padres no lo quieren cerca de ella—. Eso es tonto Cariño, pero aun así no puedo, tengo que ir a una cena con Kate y nuestros padres.

Capítulo 14

Un intenso color gris pintó el cielo sobre sus cabezas. Aire frío roza las calientes mejillas de Nóah. Él puede sentir el rostro de Carolane oculto en su espalda, con el casco enterrándose en su espina dorsal —sin importarte en lo absoluto—, su vahó cálido traspasando la cazadora de Nóah.

Nunca se sintió mejor. Durante varios Kilómetros se mantuvo conduciendo a una velocidad no mayor a cuarenta kilómetros por hora. No quiere alejarse de ella. No después de todo lo que tuvo que hacer para no perjudicarla en sus clases. Pues, según su hermana, Carolane se ha convertido en una ñoña.

Durante todo el viaje se mantuvieron en completo silencio, cada uno metido dentro de su basto mundo. Por un lado; Nóah con las ilusiones y el corazón roto, y con gran molestia por la insistencia de ella para regresar a la civilización, y por el otro; Carolane confundida cada día más. No por lo ocurrido hace tan sólo una hora, sino porque siente que el chico al que abraza de la cintura es alguien importante para ella, pero no sabe cómo, o por qué.

Nóah toma la salida interestatal para ingresar a la calle del instituto que durante años ha evitado, del que quiso huir desde aquel desastroso cumpleaños en el que ella tuvo su ataque, en el que ella intentó matarlo. Pero allí está nuevamente, tres años después, a la espera de que todo sea diferente.

Sabe que no están yendo por el camino más cómodo para ambos, y el estrés del pasado les está llenando de dudas la cabeza, cada vez más rápido. No entendía su actitud. Un momento estaba coqueteando y siendo arriesgada, y al otro estaba completamente aterrada e incluso enojada él. Como si dos personas estuviesen manejando su vida. Y Nóah sabe que es así, desde que Clark desapareció. No es que fuera distinto a como era antes. Sólo era el hecho de que él pensaba que sería distinto.

Vira hacia la calle Burrows Avenue, y ve a lo lejos el auto de su padre; ingresando a la fila de autos por el tráfico. Él está seguro de que ha ido a cumplir con el favor que le pidió en la mañana.

— ¿Por qué quieres eso Nóah? —Michael; el padre de Nóah, toma su café mientras lee el periódico en el pórtico de la casa, junto a Maxim; su esposa.

Nóah piensa su excusa perfecta para que le otorguen el favor. Su madre muestra sus lustrados instrumentos a su padre. Ambos son médicos reconocido en Winnipeg, el lugar al que le han dedicado su vida, y por lo que Nóah siempre pensó, aquella sesión de mostrar artefactos limpios es

lo que los pone armoniosos a ambos.

— Quiero hablar con ella, pero tampoco quiero que tenga problemas por hacer novillos conmigo. —Nóah cruza los dedos tras su espalda rogando por que le crean.

— Espera a que salga y listo. —sonríe Maxim a su hijo.

A pesar de que esa pequeña mujer; con rizos rojizos, y pecas en todo el rostro, no es su verdadera madre; Nóah la ama como si lo fuese, desde el primer día que la vio. Maxim fue quien lo atendió cuando Nóah tenía seis años y había llegado al hospital con las tijeras de punta delgada incrustadas en la espalda. La herida, y cicatriz aún latente, hecha por la otra mujer a la que ama.

— ¿Puedes o no papá? —advierte Nóah, tratando de eliminar aquellos amargos recuerdos de su mente.

— Lo tendrás. —Michael se da por vencido. Todo con tal de que su hijo se vaya ya de la casa y así poder llevar a su esposa dentro.

— Gracias. —Nóah toma las llaves de la motocicleta y se dirige hacia el garaje.

— Y, Nóah —grita su padre—, ten cuidado con ella.

Nóah estaciona la motocicleta justo frente al asta bandera del instituto.

Mientras Carolane baja con sumo cuidado de su lado, mira la hora en su reloj. Las once en punto. Han tardado mucho menos tiempo del que había planeado.

Él levanta la vista y la encuentra mirando hacia su reloj. Carolane sube la mirada y al encontrarlo mirándola se espanta, desviando su mirada de la suya y rompiendo el contacto no verbal.

Nóah observa su rostro ruborizarse. Tiene muchas ganas de besarla. Pero el miedo en los ojos de ella lo frena.

Trata de disimular su tristeza ante eso y actúa de manera intimidante; como durante muchas veces lo tuvo que hacer mientras estaba en New York. Allí todo era diferente para Nóah, las mujeres que conoció eran más desinhibidas a lo que estaba acostumbrado, y fue él quien tuvo que ponerles freno.

Entonces, decidido a mostrarle algo que ni siquiera él sabe lo que es; se

dispone a hablar:

— Espero volverte a ver. —dice Nóah, tomando el casco que le prestó.

La mente de Nóah maquina una idea para que el aroma de Carolane dure hasta que la vuelva a ver.

— No he tenido buenas experiencias en los viajes contigo —Carolane estipula. No tiene idea de donde le ha salido el valor, pero ya estaba hecho.

— Eso dolió. Justo en el ego. —sus ojos se entrecierran. Algo en ambos se rompe. Él quiere volver a estar con ella, aunque este cansado, harto y exhausto de la situación. Y ella comienza a sentir lastima por él.

Carolane camina en reversa hacia el interior del instituto, su rostro revela miedo. Siente terror invadir su cuerpo, su respiración se vuelve agitada. Mira con detenimiento la cara de Nóah para darle credibilidad a su sexto sentido. La boca de él está unida en una fina línea. Pone demasiada atención a sus reacciones antes de salir corriendo.

Pero eso nunca lo ve venir.

El deseo más grande de Carolane es estar lejos, muy lejos de él.

Ella no puede entenderlo. Carolane no recuerda todo lo que ambos pasaron, Nóah lo nota en sus ojos a cada segundo que transcurren juntos. Sabía perfectamente que no era la persona más cooperadora para ayudar sus recuerdos. Pero ¿quién le ayudaba a él a superar los suyos?

El cuerpo de Nóah comienza a calentarse. El espacio más sensato de su mente le aconseja manejar y dejarla atrás. En un lugar seguro. En un lugar lejos de él.

Nóah estaba a punto de poner en marcha la motocicleta cuando Carolane exhaló al ver su acción. Nóah no pudo controlarse más, dejando caer sonoramente la motocicleta, se abalanzó hacia ella.

Lo único que procesa la mente de Nóah es llevarla a un lugar donde a nadie se le ocurriera interrumpirlos. Necesitaba mostrarle como era, como fueron desde que Brant se fue. Desde que el pequeño chico enamorado de ella había dejado de estorbar.

Nóah la toma del brazo y la conduce hacia la parte trasera del instituto. Conoce muy bien este lugar, sabe dónde se encuentra la entrada secreta del Coach para salir a fumar mientras da clase en el gimnasio. Recuerda claramente cuando se la pasó allí con ella, tranquilizándola porque había

matado al gato de la vecina.

Nóah la mira por unos segundos, y sus grandes ojos lo miran con expectación. Carolane está absolutamente aterrada, y él está seguro de que, si no estuviera caminando, casi arrastrándola, podría sentir su cuerpo temblar ante su tacto. No por deseo, sino por miedo

En cuanto encuentran la entrada del Coach, Nóah empuja a Carolane dentro.

— ¿Qué quieres de mi Nóah? —La voz de Carolane suena temblorosa. ¿No entendía que tenía que callarse? Pues el hecho de que le tuviera miedo enoja a Nóah cada vez más. Él no es el chico malo aquí, ¿cierto?

— Deberías callarte. Puedo hacerlo por ti si quieres. —coqueteando Nóah la tomó de la cintura y la unió a su cuerpo. Sus respiraciones comenzaron a subir y descender al unísono.

— ¿Cómo? —Carolane había entrado en su juego, y ya no iba a poder irse.

— Besos —Nóah relamió sus labios y ella lo imito.

— ¿Por qué tanta agresividad? —Carolane jugueteó en la espalda de Nóah.

Sus dedos se sentían fríos en él, pero al mismo tiempo era un toque tan cálido que las sensaciones que le hizo experimentar provoco que cada vaso sanguíneo de su cuerpo necesitara más oxígeno. Carolane jadeó, eso fue un dulce sonido para Nóah. Saber que estaban en la misma conexión.

— Por qué me gustas ¿A caso no es obvio?

La besó.

La boca es para él, como un río de agua dulce para un hombre perdido durante mucho tiempo en el abrazador calor del desierto. La lengua de Carolane baila en la boca de Nóah, acariciando cada corto segundo su lengua. Su toque genera explosiones de endorfina en su cuerpo. Ambos irradian tanto calor que la ropa ya no es necesaria a pesar de que están en un día con baja temperatura, pese a la época del año.

Las manos de Carolane juguetean en la parte baja de la nuca de Nóah, y cada vez que él pegaba su cadera a la suya; ella jala salvajemente de su cuero cabelludo.

Nóah coloca sus manos en la parte baja de sus glúteos; la levanta. Ella entrelazo sus piernas en la terminación de la espalda de Nóah. Él la

aprisiona contra un muro y coloca sus manos en la pared. Comienza a sentir el enorme deseo de quitarle cada una de las prendas que trae puestas.

Pero tiene muy en claro que esto, no podía, ni debía llegar más allá de lo que ya era.

El problema es que él ya no puede detenerse. Comienza a levantar un poco su cazadora por los costados, después la blusa que lleva debajo y encuentra su piel. Carolane suda y tiene la temperatura elevada. Se estremece al tacto de Nóah, y separan sus bocas por pocos segundos.

Ambos exhalan al unísono. Se sienten extasiados.

Es el primer beso de Carolane, o al menos el que ella recuerda, porque la manera en cómo se desenvuelve junto a él; le muestra que se conocen en ese aspecto, y encajan a la perfección.

El aliento de Carolane; pasta dental y cítrico, que tan arraigados tiene Nóah en su memoria, lo hacen ponerla contra la pared, aún con las piernas de ella sobre su cintura. Evitando que se escape. Nóah captura su labio inferior entre los dientes y ella chilla empujando su cadera más hacia la de él. Carolane baja sus manos hasta la parte delantera de su pantalón. Una parte de Nóah sabe que debe detenerla, pero otra quiere poseerla allí mismo. Como tantas veces lo había deseado mientras estaba con otra, viendo el rostro de Carolane en cada una de ellas.

Nóah se siente volar, está seguro de que esto es el inicio de algo bueno entre ellos, la continuación de lo que dejaron. Sin embargo, aquello se esfuma en cuanto siente las palmas de las manos de Carolane empujarlo lejos de ella, bajando sus piernas, y cayendo con un golpe sordo de pie en el suelo.

Los ojos de ella lucen brillantes, y con un profundo e intenso azul. Como hace tanto tiempo él los recordaba. Nóah vislumbra una ligera chispa de reconocimiento en ellos.

— No continúes, Flitz. —Nóah siente sus ojos ampliarse. Lo ha reconocido, se acuerda de él y la manera en cómo lo llamaba—. Déjala en paz.

Ambos escuchan la puerta trasera del gimnasio abrirse, y se paralizan.

Las pisadas pesadas avanzan a paso lento hacia ellos. El lugar esta oscuro, ninguno puede ver quien es la persona que está a punto de encontrarlos en la peor de las situaciones.

Nóah siente el fuerte agarre de Carolane en su mano, ella está helada, y

temblando.

— ¡Hey, tú! —Una voz presuntamente varonil hace eco por confinado espacio—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Nóah reconoce la figura parada a unos metros de ellos. El coach.

Un ligero punto color rojo se ilumino frente a él. El coach encendió su cigarrillo en el sitio sin ventanas, como siempre lo hacía.

— Me perdí. —responde Nóah.

Oculta a Carolane tras él. Sirviendo de barrera entre el Coach y la pequeña chica temblorosa que aún lo sujeta de la mano.

Nóah simula tantear por estar ciego en la obscuridad, pese a que sus ojos ven perfectamente y están más despiertos que nunca, al igual que el resto de sus sentidos.

— Sal de aquí. AHORA. —Nóah susurra, ordenándole a Carolane.

La mano de ella se soltó de su agarre en sólo un segundo. Dejando que el frío del vacío se apodere del cuerpo de Nóah. Echando de menos su acto.

— Deberías irte hijo. Estas muy lejos de las aulas. —señala el Coach, se mueve de manera ansiosa; deseoso por estar solo y fumar.

Nóah asiente y eleva la comisura de sus labios —consciente de que el hombre no le ve—, pues siempre le ha parecido patética la forma en que los mayores insisten en decirles "hijos" a quienes no lo son; sólo para tratar de tener autoridad.

Nóah no lo hace esperar; se va de allí en cuanto la puerta hacia el gimnasio se cierra tras Carolane.

El clima está perfecto para pasar la tarde molestando a los estúpidos gatos que no la dejaron dormir durante varias horas. Sabe que no tarda en nevar, como cada vez que la temperatura desciende a menos diez grados centigrados. Lo que más le apasiona es poder teñir el blanco con el escarlata caliente de la sangre de alguien, mientras los latidos del corazón de su victima se vuelven lentos y acompasados hasta ser nulos.

Lo ve salir del cuarto negro tras el gimnasio. Nóah tiene la ilusión en sus ojos, ella puede notarlo en cuanto se topa con él. Y la rabia se apodera. ¿qué ha pasado?